

RUY-LOPEZ DAVALOS, O EL CAUDILLO DE BENAVENTE.

Drama trágico, original, en tres actos y en verso, por D. Cipriano Lopez-Salgado, *para representarse en Madrid el año de* 1852.

PERSONAS.

LEONOR.
JIMENA.
RUY LOPEZ DAVALOS.
DON TELLO GIBON. ⎫
ALENSA. . . . . . ⎬ *Ricos-hombres.*
OTROS DOS. . . . . ⎭
PADILLA. . . . . . ⎫
ALARCON.. . . . . ⎬ *Capitanes de Ruy Lopez.*
RUY PEREZ. . . . ⎪
PONCE. . . . . . . ⎭
DON JUAN, DUQUE DE ALENCASTRE.
JUAN DE OLANDA. . ⎫
ROBERTO BEDFORT. ⎬ *Capitanes ingleses.*
JACOBO WILLIAN. . ⎪
EDUARDO. . . . . . ⎭
DON DIEGO VASCONCELOS, *capitan portugués.*
DON LUIS MONCADA.
CONRADO.
UN OFICIAL.
Oficiales y soldados castellanos, ingleses y portugueses; hombres y mugeres del pueblo.

La accion empieza á media noche y concluye al amanecer del dia siguiente. Pasa el primer acto dentro de la villa de Benavente, los otros dos al pie de sus murallas.

ACTO PRIMERO.

Salon elegante adornado al gusto de la época. Puerta en el foro, con hojas; otra á la izquierda; un balcon a la derecha.

ESCENA PRIMERA.

LEONOR, JIMENA.

JIM. Por qué te hallo, Leonor,
sumergida en la amargura?
Qué le falta á tu ventura,
á tu gloria y esplendor?
No se desliza tu vida
entre el lujo y los placeres?
Dime, prenda mia, no eres
de todo un pueblo querida?
No envidian en Benavente
cien hermosas tu grandeza,
tu apostura y gentileza?
No vuela de gente en gente
la fama de tus primores?
Y allá en la noche callada,
tu hermosura idolatrada
no cantan cien trovadores?
Si marcha con noble ardor
el guerrero á la pelea,
porque suyo el triunfo sea,
tu nombre invoca, Leonor.
Y si por ventura es
en la batalla dichoso,
viene á rendir presuroso
sus despojos á tus pies.
Qué mas tu ambicion espera?
Ruy Lopez no puso ayer
á tus pies con gran placer
una enemiga bandera?
LEO. Ay!
JIM. El caudillo mejor
que imaginarse podria:
cualquiera dama estaria
orgullosa con su amor;
y tu triste, sepultada
entre estas cuatro paredes,
pasas las horas que puedes
á mil penas entregada.
LEO. Y qué, no basta, Jimena,
ver á mi pueblo cercado

por el enemigo airado
que á su antojo le encadena?
Apenas el sol derrama
sus luces sobre la tierra,
cuando la sangrienta guerra
con ecos de bronce llama.
El ruido de los clarines
se oye, al cruzar el espacio,
en la choza, en el palacio,
en el monte, en los jardines:
empieza de la batalla
la confusa griteria
siguiendo continua el dia
en torno de la muralla:
la muerte con negro horror
sus alas bate incesante,
y algun grito agonizante
viene á doblar mi temor.
Y en tan horrible interés
cada lamento perdido,
que trae el viento á mi oido,
de Ruy Lopez temo que es.

JIM. Y por qué pensar asi
tan tristemente?

LEO. Por qué!
Sabes tú, cual yo lo sé,
que razon tengo ¡ay de mi!
A donde el peligro está
Ruy Lopez, no está presente?
De sus guerreros al frente
en todas partes no vá?

JIM. Es cierto, pero á su espada
nada resiste, Leonor,
y donde está su valor
es segura la jornada.

LEO. ¡Ay Jimena! eso me tiene
con razon en mas cuidado,
que en su valor confiado
Ruy Lopez no se contiene:
va gozoso á combatir
como á una alegre batida;
ama la guerra, y se olvida
que en ella puede morir;
y yo no puedo un instante
apartar del pensamiento,
esta idea, este tormento
que me persigue incesante.
Si en el templo retirada
voy por su vida á rogar,
no puedo tranquila estar,
y me retiro azorada.
Si un momento, fatigado
el cuerpo concilia el sueño,
me pinta la mente al dueño
de mi amor ensangrentado.
Asi un dia y otro dia
por mi vida van pasando,
y yo en ellos esperando
siempre en vano la alegria.
Y ver que en larga cadena
mis penas se van uniendo,
y la esperanza perdiendo...
esto no es vivir, Jimena. .

JIM. No es tu pena tan cruel,
y tú misma, Leonor,
das pábulo á tu dolor
con tanto pensar en él.

LEO. Pluguiera á Dios que mi mal
solo fuera exaltacion,
delirios de un corazon
amante, tierno y leal.
Entonces ¡cuán poco, cielos!
hubiera mi mal durado,
porque ya hubiera encontrado
en la realidad consuelos...
Pero no, ¡loca esperanza!
Tambien yo crei algun dia
que era de la mente mia
una terrible mudanza:
luché al fin con mi destino,
buscando otra realidad,
y oscura fatalidad
hallé siempre en mi camino.
De qué sirve á mi pasion
ese oropel con que el mundo
me adula, si hay un profundo
cariño en mi corazon?
Un amor por quien mi vida
daria con mi decoro,
y la del hombre que adoro
la temo siempre perdida.
¡Perdida!.. Qué idea!.. si...
es horrible!.. Si eso fuera,
crees, Jimena, que hubiera
un consuelo para mi?

JIM. Por qué no?

LEO. (*con prontitud.*) Tienes razon;
la muerte.

JIM. No; el desgraciado
siempre halla un consuelo amado,
hija, en nuestra religion.

LEO. Si, si; soy una perjura.
Dios me perdona, ay de mi,
si, hija ingrata, le ofendi
llorando mi desventura.

JIM. Espera, Leonor, en Dios;
y no dudes, hija mia,
que al fin viene la alegria
de la desventura en pos.

LEO. Qué sé yo?

JIM. Lo dudas?

LEO. No...
Déjame sola un momento;
quiero dar al sentimiento
un descanso.

JIM. Pero yo
te puedo estorbar?

LEO. Queria
dormir un poco, Jimena,
porque llorando mi pena
hoy me ha sorprendido el dia.
Ruy Lopez no tardará;
aqui yo aguardarle quiero,
y en tanto dormir espero.

JIM. Dios te guarde.

LEO. Asi lo hará.
(*vase Jimena por el foro derecha.*)

ESCENA II.

LEONOR, *sola.*

Dormir! inútil deseo:
quiero olvidar mi dolor,
y me llena de temor
cuanto escucho y cuanto veo.
(*se oye ruido lejano.*)
Ah!. ese ruido... pero, no,
(*mirando por el balcon.*)

fue ilusion, la brisa leve
que las tiernas flores mueve
entre sus tallos gimió.
Tengo miedo; y en verdad
que sin justo fundamento, (*escuchando.*)
parece en este momento
la villa la eternidad.
Ruy Lopez menos cruel
que el inglés, habrá pedido
alguna tregua... (*ruido de voces mas cercano.*)
Oh! ese ruido...
Dios mio! velad por él!
(*se cubre el rostro con las manos y cae sobre un sillon.*)

ESCENA III.

RUY LOPEZ *entrando*, LEONOR.

LOP. Leonor!
LEO. Ah! (*levantándose.*)
LOP. Mi bien, por qué en ti veo
ese llanto brotar?
LEO. No; ya no lloro...
Lo ves? Estoy alegre, mi deseo
satisfecho está ya porque te adoro.
Al verte junto á mi nada le falta
á mi ventura; si en la mente crece
algun recelo que traidor me asalta,
tu presencia no mas le desvanece.
LOP. Si supieras, Leonor, como tu llanto
quema mi corazon, siempre estarias
alegre junto á mi, y en tu quebranto
ni una lágrima triste verterias
LEO. Pues bien, alegre estoy. No sé que ruido,
sordo como el rumor del eco estremo
de horrible tempestad, llegó á mi oido,
y temia por ti; mas ya no temo
LOP. Y por qué ese temor, cuando á tu lado
no estoy? A la batalla mas reñida
no voy de amigos fieles rodeado
siempre dispuestos á salvar mi vida?
LEO. Ruy Lopez ¡qué se yo!
LOP. Ningun recelo
tu mente abrigue, ni contraria idea
del honor castellano.
LEO. Quiera el cielo
que solo antojo de la mente sea!
LOP. Leonor!
LEO. Ah! perdona si he podido
un momento dudar: siniestras voces
el viento acusador trajo á mi oido;
y las alas del viento son veloces.
LOP. Y temes que repita en toda España
el eco engañador, de gente en gente,
que ha pretendido por traidora saña
rendirse al de Alencastre Benavente?
Ardides son de guerra; el enemigo
esas voces corrió, porque le humilla
el que á encerrarse en su cuartel le obligo,
que traidores, Leonor, no hay en Castilla.
LEO. Te amo, soy muger; yo no comprendo
los medios de la guerra, y no es estraño
que temiera por ti mi amor, oyendo
que algunos se juntaban en tu daño...
Ruy Lopez, creeme; no es de mi mente
una idea fantastica, ilusoria;
es la verdad: ¡Dios mio! en Benavente
hay quien desea oscurecer tu gloria.
Yo misma lo escuché de los malvados
que tu ruina pretenden.
LOP. Yo me rio
de traiciones; olvida esos cuidados,
y háblame de tu amor, encanto mio.
LEO. Qué te puede importar mas que tu vida?
LOP. Cuatro cosas, Leonor, amo en la tierra
aun mas que á ti:
(*movimiento de Leonor; Ruy Lopez sigue con prontitud.*)
mi religion querida,
mi rey, mi patria, y despues la guerra.
Ya ves que en ella, Leonor, no cuento
una vida que siempre consagrada
á tu amor estará, y es mi tormento
no ver tranquila tu imperial mirada.
No te basta, mi amor, verme sereno
en medio de los mios? Yo te juro
que no hay ninguno que de infamia lleno
no pueda ser contra el inglés un muro...
Pensemos solo en nuestro amor ahora:
di que me amas.
LEO. Si, si: por ti respiro;
mas que á la luz mi corazon te adora:
si estoy lejos de ti, por ti suspiro.
LOP. (*con entusiasmo.*)
Qué hermosa eres, Leonor, cuando inspirada
por el amor estás: si fuera mia
esa esfera de estrellas tachonada,
con estrellas tu amor escribiria.
LEO Oh! qué dichosa soy: todo lo olvido
cuando me habla de amor tu voz suave,
mas para mi que en el vergel florido
el son del viento y el trinar del ave.
LOP. Nada turbe, mi bien, una ventura
que en nosotros está, todo nos dice
que en su infinita y celestial dulzura
Dios desde el cielo nuestro amor bendice.
No lo crees asi?
LEO. Oh! qué podria
tu voz decirme que mi amor dudára?
Te creo; soy feliz, y moriria
si la suerte cruel nos separára.
LOP. Separarnos!... Jamás... mas por si viene
tu padre aqui, retirate: tenemos
que acordar la defensa que conviene,
y juntarnos aqui, Leonor, debemos.
LEO. Aqui? (*aterrada.*)
LOP. Si, por qué no? Qué te estremece?
LEO. Nada. Y quienes su voto en la defensa
han de dar?
LOP. Alarcon, y me parece
que Ruy Perez, Padilla, Ponce, Alenza
y no sé que otros varios, cuyos nombres
no recuerdo muy bien...
LEO. Y tú con ellos
aqui te has de juntar?
LOP. Ah! no me asombres
con tu eterno temor... Tus ojos bellos
se nublan otra vez.
LEO. Esos villanos
tus enemigos son: yo de su boca
la traicion escuché: de castellanos
ni el nombre alcanzan, ni el honor les toca.
LOP. (Es verdad! Salió cierto mi recelo.)
LEO. Ayer noche, de penas mil herida,
desvelada en mi cuarto, quiso el cielo
que tu nombre escuchára; estremecida,
sin la causa acertar, maquinalmente
el oido llegué á la cerradura

de esa puerta, temblando, y claramente
el plan oí de la traicion perjura.
Quieren, salvando su persona y bienes,
rendirse al enemigo; y si esforzado
á su infame deseo no te avienes,
dejarte en una torre sepultado.

LOP. No les temo, Leonor... solo una duda
me hace estremecer... ángel querido,
perdona mi temor...

LEO. Nadie en tu ayuda
puedes aqui tener: te he comprendido!
(cubriéndose el rostro con las manos.)

LOP. Leonor!. qué!.. tu padre...

LEO. No se hallaba
(como queriendo desvanecer la idea de lo que ha dicho.)
con ellos esta noche; te lo juro!

LOP. Pero es cierto que aqui se conspiraba,
y que apoya ese plan es bien seguro.

LEO. Ruy Lopez, no lo sé: pero en la tierra
es mi primer amor: yo moriria
si en un azar de la sangrienta guerra
él con razon ó sin razon moria.
Ten de mi compasion: en este suelo
son dos hombres mi única esperanza,
y terrible será mi desconsuelo
si á uno de los dos la muerte alcanza.
Evita, por mi vida, por la tuya,
esa junta cruel.

LOP. Es imposible.

LEO. Imposible!

LOP. Leonor, quieres que huya
marcado el rostro con el sello horrible
de cobarde y traidor? No hay mas camino:
pronto deben llegar: ya preparada
mi guardia está, lo ves?
(llevándola al balcon.)

LEO. Ah!

LOP. Que el destino
decida ahora el honor de esta jugada.

LEO. Y qué piensas hacer en tus furores
si á la suma inmortal de tus proezas
añades esta mas?

LOP. *(con calma.)* De los traidores
entregar al verdugo las cabezas.

LEO. Y si entre ellos mi padre se encontrára?

LOP. Perdona, Leonor; mucho te quiero;
mas si á escoger la suerte me obligára,
mi Castilla y mi rey serán primero.

LEO. Hombre cruel! Y piensas que mi mano
yo al asesino de mi padre diera?

LOP. No, Leonor; pero creo que un villano,
un traidor á su rey, nunca pudiera
á tu mano aspirar; y yo seria
indigno de tu amor, si en esto obrára
contra mi rey, que en mi valor confia,
contra mi pueblo que en mi honor se ampara.

LEO. Maldita sea tu honradez odiosa!
Qué le importa una mas al homicida?
Ya que me quitas la esperanza hermosa,
arráncame la congojosa vida.

LOP. No acrecientes, por Dios, con tus temores
mi cruel ansiedad: ten esperanza:
en la lista fatal de los traidores,
tu padre creo que lugar no alcanza.

LEO. Y si en ella estubiera?

LOP. Pide al cielo
que descubra, Leonor, algun camino
para su salvacion.

LEO. Triste consuelo!
Vana esperanza á mi cruel destino!

LOP. Retirate; ya llegan.

LEO. No; aqui espero
mi suerte.

LOP. Tu presencia estorbaria.
Te juro por mi fé de caballero
que en esto no será la culpa mia
si al fin pensamos de contrarios modos.

LEO. En tu bondad y tu cariño fio.
Adios.

LOP. Yo apuraré los medios todos
de entendernos. Adios, encanto mio.
(la lleva de la mano hasta la puerta de la izquierda, en cuyo cuarto entra Leonor.)

ESCENA IV.

RUY LOPEZ, *solo.*

No me engañó mi temor:
por Dios que lo sospeché,
y hoy no queda por mi fé
en la villa ni un traidor.
Jamas el rigor me plugo;
mas si tenaces están,
con sus cabezas darán
ocupacion al verdugo.
Perdona, Leonor; te quiero
con pura y constante llama:
pero entre el rey y mi dama,
mi rey será lo primero:
obraré en este revés
como me manda el honor,
aunque llorando tu amor
tenga que morir despues.....
(dirigiéndose al cielo.)
Pero no, Dios de bondad,
con tu poder tan divino
me enseñarás un camino
de honradez y de piedad.
No te niegues á mi anhelo!
(como inspirado de una idea repentina.)
Oh! gracias, gracias, Señor,
al fin concede tu amor
paz á mi tierra y consuelo.

ESCENA V.

ALARCON, RUY PEPEZ, PADILLA, PONCE, DON TELLO GIRON, ALENSA *y otros dos* RICOS-HOMBRES; RUY LOPEZ.

TELLO. Saludo al noble infanzon
á quien el cielo le ha dado,
con un valor esforzado
prudencia y clara razon.
Sois el primero en llegar
á la cita, y hasta en eso
probais la prudencia y seso
que en vos nunca faltará.

LOP. Mil gracias, Tellez Giron,
agradezco, por mi vida,
lisonja en vos tan cumplida,
con todo mi corazon. *(á todos.)*
Dios guarde á los ciudadanos
en quien patria y rey esperan,
y en cuyos pechos imperan
corazones castellanos.

TELLO. Ruy Lopez, nuestro deseo

siempre fue el de no esponer
á nuestro pueblo á perder
su fortuna.
Lop. Asi lo creo,
don Tello.
Per. Y el conciliar
una páz apetecible,
en cuanto sea posible
con el honor militar.
Lop. Creo que el primer honor
en el soldado valiente,
es obedecer fielmente
á su monarca y señor:
y no lo cumple, á fé mia,
el que lejos de ocupar
su puesto, se vá á mezclar
en lo que nunca debia.
A mi, señores, tocaba
un consejo proponer,
si yo solo á disponer
la defensa no bastaba.
Al subalterno le es dado
obedecer solamente,
y no tomarse, imprudente,
cargos de mayor cuidado.
Los Capitanes. Ruy Lopez!
Lop. Siento, señores,
el hablar de esta manera,
aunque en mi lugar cualquiera
usaria otros furores.
Soy el gefe, y solo yo
debo responder en ley,
y mi patria y á mi rey
de esta defensa, otro no!
Pad. Ruy Lopez, ninguna accion
cobarde hasta ahora ha manchado
nuestro nombre acrisolado.
Lop. Hasta ahora, teneis razon.
Pad. Y en adelante...
Lop. (*interrumpiéndole.*) Veremos.
Tello. Va conmigo... (*picado.*)
Lop. (*con respeto y dignidad.*) No, por Dios;
no se dirigen á vos,
Tellez Giron, mis estremos.
Como de este pueblo honrado
sois gefe municipal,
es en vos muy natural
el no obrar como un soldado.
Y aunque ya habeis aprendido
que en casos de tal azar,
manda el gefe militar,
os disimulo ese olvido.
Un sitio siempre es cruel;
á nadie puede dar gusto:
amais al pueblo, y es justo
que os intereseis por él.
Cuando ciega la pasion
no es facil pensar en todo,
se obra siempre de mal modo,
porque duerme la razon. (*á todos.*)
Veo que el pueblo se halla
hoy, señores, disgustado,
y en corros alborotado
abandona la muralla.
Por lo que observo y escucho,
su desobediencia va
minando mi tropa ya,
y á fé que lo siento mucho,
porque no me gusta obrar
estremos con mis soldados,
y ya veis que á los malvados
se los debe castigar.
(*los capitanes quieren hablar, Ruy Lopez los contiene con una accion y siguiendo con prontitud.*)
Ahora que por vos aqui
nos hemos llegado á ver,
quiero, don Tello, saber
que quiere el pueblo de mi.
Tello. Gobernador, dispensad
que á mi vez pregunte yo,
si es que podemos ó no
aqui hablar con libertad.
Lop. En vuestra casa no estamos?
Temeis en ella?
Tello. Hay razon.
Si vemos de ese balcon,
á vuestra guardia miramos.
Lop. Me estraña que eso os asombre.
Si tan buen ojo teneis,
en la antesala debeis
tambien haber visto un hombre
con Luis Moncada.
Tello. Es verdad.
Lop. Pues es un embajador,
y traigo para su honor
guardia de seguridad. (*murmullos.*)
Lop. (*con arrogancia.*) Representa aqui, señores,
á un hombre de sangre real,
y es, en fin, muy natural
que se le hagan los honores.
Y como habia de venir
yo á esta junta, me ha ocurrido
que en gran consejo es debido
tan alta embajada oir.
Tello. Oh! Si, si; mandadle entrar:
tal vez venga á proponer
la paz.
Lop. Antes quiero ver
lo que le he de contestar.
Tello. Pero si decis que no
conoceis aun la embajada,
como quereis...
Lop. A mi nada
me importa eso. Sepa yo
los que resueltos conmigo
quieren la villa guardar,
porque yo no pienso obrar
á gusto del enemigo.
Tello. Pues bien: el pueblo angustiado
al ver el estrago horrendo
del hambre que va sintiendo,
clama ya desesperado.
Ve la defensa perdida,
y al fin se quiere entregar,
con tal que pueda salvar
con sus haciendas la vida:
y con valor y razon
está resuelto á prender
al que no quiera acceder
á tan justa peticion.
Lop. El pueblo, no, ¡vive Dios!
no piensa con tal bajeza;
quien pretende esa vileza
no es el pueblo, que sois vos.
Vosotros, si, porque veis
abiertos vuestros graneros,
y, menguados caballeros,
otra patria no teneis.

Tan inhumano interés,
aunque mucho os dominára,
no creí os aconsejára
entregaros al inglés.
TELLO. Ruy Lopez, no hay mas camino:
es inútil esperar;
si el inglés llega á triunfar,
cuál será nuestro destino?
LOP. El de Sagunto y Numancia,
cuyos nombres van rodando
por mil edades, salvando
de los siglos la distancia.
ALENSA. Nosotros aqui debemos
por nuestro pueblo mirar,
y por él capitular
es lo que ahora queremos.
TODOS. Si, si. ¡capitulacion!
TELLO. Las llaves entregareis.
LOP. Primero me arrancareis
la vida y el corazon.
Ruy Perez, Ponce, Padilla,
Alarcon, claras lumbreras
de nuestras limpias banderas,
gloria y fama de Castilla,
cuándo supisteis faltar
al juramento prestado?
Tan pronto habeis olvidado
vuestra honradez militar?
Tú que en Granada, Alarcon,
terror de la media luna
eres, sin que fuerza alguna
doble tu fuerte lanzon.
Y tú que, aun joven, Padilla,
y aun mal ceñido el arnés,
venciste al Aragonès
en Cazorla y en Jumilla.
Tú, Ruy Perez, cuya espada
en Miedes y Tarazona,
en Egérica y Carmona
no fue rota ni aun doblada.
Y tú, Ponce, que leal
á tu rey, fue tu constancia
rayo de la guerra en Francia,
y en Navarra y Portugal,
quereis, mal aconsejados,
por una piedad mentida,
borrar ya de vuestra vida
los hechos tan celebrados?
Qué se hizo aquel valor,
aquella honradez y gloria
que trasmitiera á la historia
vuestro acrisolado honor?
Quereis en hora fatal
de vuestro escudo arrancarla,
echarla al suelo y pisarla
entre el cieno mundanal?
Quien asi empaña villano
una gloria tan cumplida,
no merece, por mi vida,
ni el nombre de castellano.
(*los capitanes bajan la vista ruborizados.*)
Pero no, en vuestros semblantes
veo de ello los temores,
que no pueden ser traidores
pechos tan leales antes.
LOS CAPITANES. Señor! (*arrodillándose.*)
LOP. Ah! no esperé menos
de tan valientes soldados.
PAD. Heridnos, somos culpados,
de toda piedad agenos.
Para limpiar nuestra honra
mandadnos á pelear,
donde podamos lavar
con la sangre esta deshonra.
LOP. (Oh! gracias, Dios mio!) Alzad:
en mi no hay resentimiento:
tan noble arrepentimiento
basta para mi piedad. (*á los ricos-hombres.*)
Y tendreis menos honor,
padres de este pueblo honrado,
que siempre me habeis prestado
vuestro consejo y valor?
TELL. Si conseguis acallar
de ese pueblo los clamores,
con nuestros bienes mayores
podeis, Ruy Lopez, contar.
(*Ruy-Lopez abre la puerta del foro y se presenta Moncada.*)
LOP. Haced al punto, Moncada,
que pase el embajador.
(*bajando á la escena.*)
Por el rey nuestro señor (*descubriéndose.*)
vamos á oir la embajada.

ESCENA VI.

ROBERTO BEDFORT, LOS CAPITANES *y* RICOS-HOMBRES, *á la izquierda, en medio de ellos* RUY-LOPEZ DAVALOS.

BED. Salud á los campeones,
cuyo valor envidiable
en vano al hado variable
oponen sus corazones.
LOP. Salud al representante,
que aun joven, debe saber
que el valor puede vencer
á la fortuna inconstante
BED. Dios proteja al que tubiere
la razon.
LOP. Asi lo hará.
Acorte razones ya,
y díganos lo que quiere.
BED. Sin elevada esperanza,
Alencastre, mi señor;
por solo razon de amor
casó con doña Constanza,
hija, en la noble Castilla,
del rey don Pedro primero,
que llaman el justiciero,
y Maria de Padilla.
Habiendo legitimado
á doña Constanza el rey,
claro es que contra la ley
el trono la han usurpado.
Y á mas, aunque no estubiera
por el rey legitimada,
cosa es asaz declarada
que era del trono heredera;
pues es, señores, muy llano
si hay dos que bastardos son,
que raya en justa razon
el hijo antes que el hermano.
Mas viendo, en fin, mi señor
que ahora don Juan y Enrique antes
con palabras arrogantes
desoyeron su clamor.
Resuelto en Castilla ha entrado
con mas de tres mil ingleses

y cuatro mil portugueses
que esta villa os han cercado.
En vano será oponer
vuestro valor y pericia,
que á la fuerza y la justicia
nada las puede vencer.

LOP. Dos veces habeis venido
de embajador hasta mi,
y ya en la primera oi
lo que ahora habeis repetido.
Decid pronto qué buscais
con esos rodeos vanos,
que en vuestros derechos llanos,
por Dios que pesado estais.

BED. Pues bien: dice mi señor,
único rey de Castilla,
que si el pueblo no se humilla
lo declarará traidor.
Hará que talen la tierra,
el asalto mandará,
y esta villa sufrirá
los horrores de la guerra.
Muchos pueblos han jurado
á mi señor por su rey,
y obedientes á su ley
dinero y hombres le han dado...

LOP. Basta! Dile á tu señor
que solo es rey en Castilla
Juan primero, y quien no humilla
á él su frente, es el traidor:
que si tanto valor tiene,
mi embajador le verá
esta tarde, y le dirá
lo que á los dos nos conviene.

BED. Ruy-Lopez, no os empeñeis
en defender locamente
esta villa, que imprudente (*con intencion.*)
vuestra fortuna perdeis.

LOP. Gracias por el interés
hácia mi, pues sabe Dios
que no preciso de vos
consejos, señor inglés.

BED. Bien; os deberá Castilla
su suerte desventurada.

(*Ruy-Lopez hace un saludo á Bedfort, abre las puertas del foro y se presenta Moncada.*)

Que le acompañen, Moncada,
hasta fuera de la villa.

(*Bedfort saluda y se va. Ruy-Lopez vuelve con arrogancia a la escena.*)

ESCENA VII.

Los mismos, menos BEDFORT.

LOP. Ya lo veis, quieren, villanos,
un rey estrangero dar
á Castilla, y gobernar
como dueños y tiranos.
Qué decis?

TELLO. Que nos parece
imposible defender
esta villa, de un poder
que por momentos acrece.
Muchos pueblos se han rendido
al inglés, y han aumentado,
con recursos que le han dado,
su prestigio y su partido.

LOP. Mentira! Do quiera van
horror y muerte sembrando:
que lo digan Villalpando
y Valencia de don Juan;
y en fin, la noble Valderas
que cuando el inglés la entró,
en ella solo encontró
en vez de casas, hogueras.
Su noble egemplo sigamos,
que vale mas con honor
morir, que vivir traidor
á la causa que juramos.

(*murmullos de voces fuera.*)

TELLO. Ah! Lo ois? El pueblo ha roto
en su terrible agonia
el respeto que ponia
á su sufrimiento coto.

LOP. Pues yo le daré quizás
mas de lo que pide y quiere.
Decidle al pueblo que espere
veinticuatro horas no mas.

TELLO. Imposible; atacaria
el inglés sin esperar,
y si llegára á triunfar
este pueblo arrasaria.
Sabed que se ha confiado
en nuestre amor y virtud,
y mirar por su salud
debe ser nuestro cuidado.
Si obrais en tales estremos
como cumple á un militar,
nosotros en tal azar
nuestro deber cumpliremos.

LOP. Basta ya! no mas por Dios!
que ayudado de mi fé,
con mi deber cumpliré:
haced lo que os plazca vos.
Y el que no quiera conmigo
defender, como es de ley,
á su patria y á su rey,
que se pase al enemigo;
que en lance de tanto honor,
y guerra con gente estraña,
el que ha nacido en España
y no es amigo, es traidor.

(*movimiento de los ricos-hombres, Ruy-Lopez continua con prontitud.*)

Por todos los Sacramentos
vencer ó morir juré;
pronto vereis como sé
cumplir yo mis juramentos.

TELLO. Pues bien; dejadnos salir
de le plaza; no queremos
que el fin de tales estremos
lo deba el pueblo sufrir.
Si del dolor al poder
cierra el inglés el oido,
habremos al fin cumplido
con nuestro santo deber.

LOP. Está bien; saldreis, señores,
si tanto lo deseais,
y el mundo dirá si obrais
como amigos ó traidores.
Yo mismo os escoltaré.

(*se dirige á abrir la puerta, y cuando va á llegar, á ella, sale Leonor, á su voz se detiene Ruy-Lopez como petrificado.*)

ESCENA VIII.

LEONOR, *dichos.*

LEO. Padre mio!
TELLO. Leonor!
LOP. Ah!
LEO. Deteneos, señor.
Todo, todo lo escuché.
TELLO. Pues no tengo que decir
entonces lo que has de hacer,
porque ya debes saber
que conmigo has de venir.
LEO. Yo! Señor? ah! por mi vida,
no querais sin compasion
desgarrar el corazon
de vuestra hija querida.
Olvidad un interés
que solo os puede guiar,
menguado y ciego, á llevar
vos mismo el triunfo al inglés.
LEO. Qué es esto, Leonor? Asi
osas penetrar mi pecho?
Quién te ha dado ese derecho
para juzgar contra mi?
Qué se hizo de tu decoro?
LEO. Ah! padre mio, perdon!
Creed, no fué mi intencion
faltar á quien tanto adoro.
Pongo al cielo por testigo.
TELLO. Basta! Tú vas á escoger
entre el amor y el deber;
escucha lo que te digo.
Mi resolucion es tal
que nada la cambiaria,
y á mi lado no podria
ver una hija desleal.
Sé que amas con amor loco
á Ruy-Lopez.
LEO. Es verdad!
TELLO. Y olvidas tu calidad,
teniendo tu honor en poco.
Asi, lo que mas te cuadre
puede elegir tu contento.
LEO. Señor!
TELLO. Escoge al momento
entre tu amante y tu padre.
LEO. Por vuestras guerras precitas
quereis que apure, señor,
en la copa del dolor
hasta las heces malditas?
Qué os hice para que asi
me trateis, desventurada?
Por qué me acosais, si nada
podeis esperar de mi?
Al que adora el pelear,
de qué le puede valer
el amor de una muger,
sino de estorbo y pesar?
Heridme, señor: ¿qué puede
consolar mi corazon,
cuando con vuestra ambicion
triste y solitaria quede?
LOP. Don Tello, esperad siquiera
dos horas.
TELLO. (*con resolucion.*) No!
(*Leonor levantándose con dignidad y sobreponiendose á su dolor.*)
LEO. Bien; mi amor
os elige á vos, señor,
y sea lo que Dios quiera.
LOP. Leonor!
LEO. (*con calma.*) Qué me quereis?
Es mi padre, y me conviene
creer que la razon tiene,
y que vos no la teneis.
LOP. Pues bien; antes de una hora
la suerte decidirá;
por si contraria me vá,
dejadme besar, señora, (*con sentimiento.*)
vuestro mano idolatrada,
como última despedida
de quien fuisteis en la vida
la muger mas adorada.
(*Leonor ap. y tendiendo la mano á Ruy-Lopez.*)
LEO. Dios mio! dadme valor
para tanto desconsuelo.
(*Ruy-Lopez que se ha arrodillado para besar la mano de Leonor, se levanta.*)
LOP. Ahora, que os ayude el cielo.
LEO. Adios! (*ahogando su dolor.*)
LOP. (*id.*) Adios, Leonor!
(*vanse los Ricos-hombres y Leonor.*)
Moncada? (*aparece.*) Dejad salir
esa gente de la villa
por la puerta de Castilla. (*bajo á Moncada*)
Pero escuchad: han de ir
por el camino cubierto,
y á nadie llegar degeis
á hablarlos; me respondeis,
don Luis, del mejor acierto.

ESCENA IX.

RUY-LOPEZ, LOS CAPITANES.

LOP. Capitanes, ha llegado (*volviendo á la escena.*
el momento de probar
que tambien sabeis trionfar
de un pueblo insubordinado.
ALAR. Mandad, señor, y caeremos
sobre esa gente que grita.
LOP. No, Alarcon, no necesita
el pueblo de esos estremos.
Es inocente y honrado,
y os tiene á todos amor:
juradle por vuestro honor
que puede estar descuidado.
que solo por su interés,
al que siempre estube atento
voy á tratar al momento
de paces con el inglés.
ALAR. La gloria y el amor vemos
que os han querido quitar:
mandadnos á pelear
y amor y gloria os traeremos.
LOP. Gracias, señores; á vos
solo os toca lo mandado,
que para vencer honrado
tengo la ayuda de Dios.
Salid: quiera proteger
el cielo vuestra demanda,
que á mi á otra parte me manda
á cumplir con mi deber. (*vanse los capitanes.*)
Si, Dios mio! en un azar (*dirigiendose al cielo.*)
están la gloria y mi amor;
con vuestra ayuda, Señor,
en él los voy á buscar.

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO.

Interior de la tienda de campaña del duque de Alencastre, puerta á la derecha, otra á la izquierda y á un lado una mesa de tigera en que juegan al agedrez Alencastre y Juan de Olanda: Vasconcelos les vé jugar sentado á la misma mesa. A la derecha otra mesa en que juegan á los dados, ú otro juego, Jacobo y Eduardo; todos sentados sobre cajas de guerra ó sillas de tigera. En el foro una grande entrada por donde se vé, á la derecha del espectador, el ejército sitiador, tiendas de campaña, armas en pabellones, centinelas, etc.; á la izquierda, en lontananza, el esterior de la plaza de Benavente cubierto de centinelas.

ESCENA PRIMERA.

El DUQUE DE ALENCASTRE, DON JUAN DE OLANDA, VASCONCELOS; BEDFORT *de pié al lado de Alencastre,* JACOBO, EDUARDO.

ALE. Con que eso os ha contestado (*á Bedfort*)
el castellano? Es muy facil
desafiar al destino
en una edad en que arde
sangre guerrera en las venas;
pero no es el dominarle
tan fácil como parece.
Ruy-Lopez es arrogante
como él solo, y ¡vive Dios!
que siento tener que darle
una leccion de prudencia
en negocios semejantes.

BED. Es joven y es español,
y no estraño que le falte
de cálculo y de sangre fria
para tan pesados lances
lo que de valor le sobra.

ALE. Bien, Roberto; Dios te guarde.

BED. Despues de hacerlo, señor,
á vuestra alteza, que vale
por un reino.

ALE. El cielo, Bedfort,
tus buenos deseos pague.

(Bedfort hace un saludo respetuoso, y se dirije lentamente y como distraido á la mesa donde juegan Jacobo y Eduardo.)

ALE. Qué os parece, Vasconcelos?

VAS. Qué, señor! Que son el diantre
los castellanos; mas yo
juro, si quereis que asalte
con mis soldados la plaza,
que antes de que el gallo cante
una vez, seremos dueños
de la villa.

ALE. No es tan frágil
como pensais, la muralla
que suelen formar de carne
detrás de la de peñascos.

VAS. Oh! mis portugueses valen
por todos los castellanos
que hay en Castilla. Mandadme
atacar, y yo les juro,
por San Jorge, que un instante
no han de resistir mis brios.

ALE. Templad un poco el coraje,
que tiempo habrá de probar
lo que cada uno vale

JAC. Hola! Bedfort, bien venido; (*á Bedfort.*)
parece que el cielo os trae
á buen tiempo. Si quereis
hacer pié ..

EDU. Para que os trate
la fortuna como á mi,
no jugueis.

BED. Qué falta me hace
el dinero donde no hay
Eduardo, en que gastarle?
Acepto.

JAC. Pues juego.

BED. (*sentándose.*) Venga,
Jacobo.

(Durante la escena, los tres toman ó ponen dinero en medio de la mesa, segun que suponen ganar ó perder.)

ALE. Soberbio alcance!
Muy bien lo haceis, Juan de Olanda.

OLA. Me es familiar el ataque.

ALE. Ya lo veo. Y qué os parece,
á propósito de ataques,
de esos fieros castellanos?

OLA. Qué? Que están tan arrogantes
con sus reyes, y el honor
de su morado estandarte,
y sus santos juramentos
y la gloria de sus padres,
que España parece tierra
de caballeros andantes.
Creo que no harán jamás
en la astucia cosa grande,
que siempre fué su política
la espada en cualquiera lance,
y lleva trazas de serlo
hasta que el mundo se acabe.

ALE. Eso, don Juan, es franqueza
muy propia de su carácter.
Respetemos la honradez
donde quiera que se halle.
Fuera mi mayor placer
ser rey de un pueblo tan grande.

OLA. Dios lo haga.

VAS. Amen.

ALE. Acabemos
esta partida, y que pasen
hareis las tropas que estan
por fuera haciendo forrage,
á tomar de junto al rio
los puntos mas importantes,
para acordar de una vez
un bien combinado ataque.

VAS. Del que le juro á San Jorge
que ni un castellano escape.

(*dando un puñetazo en la mesa; Alencastre y Olanda se sonrien.*)

JAC. Qué teneis, Bedfort? Parece
que venis de mal talante?
Dos veces habeis entrado
de embajador, y me empalen
si no salis de esa plaza
tan mustio como el que sale
de algun palacio encantado
guardado por cien gigantes.
Habeis visto por desgracia
otra vez la interesante
castellana; tan hermosa,
segun decis, como un angel?

BED. Y mas para mi.

JAC. Canario!
Parece, señor amante,
que habeis estado en la gloria
á visitar á los ángeles.

Yo, como no los he visto,
aunque viera á esa brillante
hermosura, no podria
decir si era, segun arte,
obra celeste ó terrestre.
EDU. Ja, ja, ja!
BED. Eh! no burlarse,
señores, que es cosa seria.
Yo la quiero, y esto baste.
JAC. Cosa séria unos amores?
Vaya un sério disparate!
EDU. Es que son del otro mundo *(riéndose.)*
y allí parece que se hacen
las cosas de otra manera
que en esta pocilga.
BED. Dale!
Quereis burlaros?
EDU. *(con seriedad.)* No á fé,
amigo, y disimuladme
un rato de buen humor.
JAC. Y decidnos, si eso os place,
la habeis vuelto á ver hoy?
BED. No.
JAC. Mal hecho. Yo, si llegáse
á amar asi, que lo dudo,
por Dios que habia de entrarme
á ver mi amor cada dia
aunque fuera á los umbrales
del infierno, y mas allá.
BED. Pero he sabido bastante
para mis deseos.
JAC. Hola!
Contadnos...
BED. Sé que su padre
es en la villa el mas rico,
y vive donde ha un instante
me ha recibido Ruy-Lopez.
Si á esto, señores, se añade
que sé que Leonor se llama,
me basta. Cuando se gane
la plaza, la buscaré
con ansia por todas partes,
y una vez en mi poder,
mia para siempre la hace
el derecho de conquista.
JAC. Y quién os dió esos detalles
tan minuciosos?
BED. Un joven
con quien me dejaron antes
de oirme. Yo aproveché
ocasion tan favorable;
y una palabra tras otra,
saqué de aquel miserable
cuanto anhelaba saber
para combinar mis planes.
JAC. Recibid mi enhorabuena,
y que el cielo os adelante
en las batallas de amor,
como lo hace en las de Marte.
EDU. Maldita suerte la mia!
(dando un puñetazo sobre la mesa.)
Siempre igual!
BED. Ved qué contraste,
Jacobo; cuando uno rie
es preciso que otro rabie.
Este mundo siempre el mismo!
JAC. Válgame Dios! cuanto sabe
el amor! Por vida mia!
que hasta filósofos hace.
Estais hoy original!
BED. Aprension.
JAC. Juego.
BED. Adelante.
ALE. Os defendeis y atacais
de una manera admirable,
mas lo que es por esta vez
sois perdido... Jaque mate!
OLAN. Quién puede con vuestra alteza?
Sois en todo inespugnable.
ALE. Ahora á caballo.
UN OFICIAL. *(que aparece.)* Señor?
ALE. Qué hay?
OFI. De la plaza salen
unos paisanos que quieren,
si puede ser, al instante
hablar á su alteza. Dicen
que es cosa urgente.
ALE. Que pase
uno que los represente,
y los demas que se aguarden.
(Bedfort que vé de pié á Alencastre, Olanda y Vasconcelos, dice á los otros.)
BED. Alzad, señores.
OLA. Acaso
vengan á tratar de paces.
ALE. Ya veremos. Si esa villa *(á los capitanes.)*
no quiere hoy mismo entregarse,
es necesario obligarla
á que rinda el homenage
á su legítimo rey,
sin que un dia se retarde.
En vuestro valor espero.
BED. Señor, vuestra alteza mande
y obraremos.
ALE. Eso aguardo
de tan buenos capitanes.

ESCENA II.

Dichos, DON TELLO, LEONOR, JIMENA.

TELLO. Quién de vosotros, señores,
es el Duque?
ALE. Hablad.
TELLO. Sois vos?
ALE. Qué quereis?
TELLO. Que os guarde Dios
de sus rayos vengadores;
y si vuestro pecho encierra
un resto de compasion,
corte vuestro corazon
los horrores de esta guerra.
Si la villa que cercais,
por azar de la fortuna,
tras de resistencia alguna
por asalto la tomais,
no entreis á saco, señor,
que si ya no se ha rendido,
la culpa de ella no ha sido
sino del gobernador.
Y no es justo que la pena
sufra el pueblo de un delito
que doquier á voz en grito
le rechaza y le condena.
Los ricos hombres quisimos
hoy mismo capitular,
no pudiéndolo alcanzar
á vuestro campo venimos,
como padres, á pedir

por un pueblo desgraciado
que, de pelear cansado,
se quiere, señor, rendir.
Si algun tiempo resistió
vuestro invencible poder,
cumplia con su deber,
y con honra se batió;
que vileza hubiera sido
no hacer resistencia alguna:
pero, en fin, á la fortuna
nadie vencerla ha podido.
Nosotros, que confiamos
en vuestro amparo y honor,
con nuestras hijas, señor,
sumisos nos entregamos.
Si no es posible alcanzar
para el pueblo gracia entera,
¡ah! que sus vidas siquiera
podamos, señor, salvar,
y con ellas respetadas
nuestras mugeres tambien
serán, como único bien,
en estas horas menguadas.

ALE. Mucho pedis, a fé mia,
y si á concederlo fuera
sin que el pueblo se rindiera,
torpeza grande seria.
Si cuanto ese pueblo encierra
hoy no jura serme fiel,
todos sufrirán con él
los horrores de la guerra.
Mucho lo siento, por Dios,
pero de tales horrores
a nadie culpeis, señores;
la culpa la teneis vos.
Dos veces os he mandado
proposiciones de paz,
y con desprecio tenaz
me las habeis rechazado.

TELLO. Nosotros hemos querido
vuestras paces aceptar;
hemos, señor, de pagar
culpas que otro ha cometido?

ALE. Adan fué á su Dios traidor,
y Cristo al mundo enviado
fué, á redimir tal pecado..
Buscad vos un redentor.

TELLO. Pues bien, iremos serenos (*con entereza.*)
otra vez á combatir,
y asi podremos morir
en la lucha como buenos.

ALE. Y para una relacion
me venis á importunar?
Por Dios, que haceis sospechar
alguna infame intencion.

TELLO Ninguna! (*con dignidad.*)

ALE. Pero imprudentes
caminais hácia un abismo.
Que los lleven ahora mismo (*á Bedfort*)
hasta fuera de mis gentes.

BED. Si permite vuestra alteza
que yo un consejo le dé,
de cuyo éxito podré
responder con mi cabeza?

ALE. Decidle. Sabeis que quiero
siempre vuestro parecer;
y en casos de tal valer
nunca mi voto prefiero.

BED. Puesto que la villa está
pronta á rendirse, señor,
que entregue al gobernador
que muy facil la será.
Y si en ello, como dice
ese hombre, tiene interés.
(*señalando á don Tello.*)
que vuelva á la villa, pues,
y con su nombre autorice
al pueblo para pedir
una capitulacion.
Mas contra infame intencion
creo os debeis prevenir:
y en esto es mi parecer,
por ser el mas acertado,
que guardeis con gran cuidado
en rehenes esta muger.
(*señalando á Leonor á quien desde que entró en la escena, mira con grande interés, queriendo conocerla.*)

LEO. Cielos! (*apoyándose en Jimena.*)

JIM. No temas; valor!

TELLO. Ah! vos no consentireis
tal infamia: no dareis (*á Alencastre.*)
á un padre tanto dolor.
Tened compasion de un viejo,
por cuanto en la tierra amais.
Alencastre, no admitais
tan inhumano consejo.

ALE. Confieso, por vida mia,
que muy poco me agradó;
pero ahora, necio yo
en no admitirle seria.
El terror que ha producido
en vos, me hace sospechar
que en cuanto acabais de hablar
en todo me habeis mentido.
Si, por el contrario, es cierto
y no quereis engañarme,
facil os será entregarme
á Ruy-Lopez vivo ó muerto:
que si solo en él está
la resistencia, á mi ver,
para vencer su poder
el pueblo os ayudará.

TELLO. Es que sus tropas alli
le apoyen, señor, quizás.

ALE. Mejor; asi valdrá mas
vuestro triunfo para mi.
Si no podeis entregar
la plaza inmediatamente,
la tomaré con mi gente
y la mandaré arrasar.
Ved que de tiempo teneis
tan solo hasta la oracion,
y de cualquiera traicion
solo vos me respondeis.

BED. Señor!

ALE. No mas pareceres.
Que sea al punto escoltado,
y se guarden con cuidado
en mi tienda esas mugeres.

LEO. Ah! Señor, no pretendais
con tan inhumana accion,
borrar de vuestro blason
la nobleza que ostentais.
Qué gloria podeis coger
alcanzando vuestro intento,
sobre el cadáver sangriento
de una infelice muger?

Si vais un pueblo á rendir
por ese medio traidor,
qué cuartel podreis, señor,
á vuestro escudo añadir?
No, la gloria del soldado
no es triunfar villanamente,
es morir como valiente,
como noble y esforzado.
Dejadnos, señor, volver
á nuestro pueblo á morir,
de nada os pueden servir
un viejo y una muger.
Y si Ruy-Lopez os llama
como honrado á pelear,
no querais cobarde echar
un borron en vuestra fama.

ALE. Por Dios, que mucho sabeis
en lances de honor, señora.
Pensais que he venido ahora
á que vos me prediqueis?
Cuanto miro en vos me hace
negra trama sospechar,
y en su propia red cazar
al enemigo me place.

LEO. Ah! señor, si os ultragé,

(Leonor al arrojarse á los pies de Alencastre, deja caer el velo que la cubre el rostro; Bedfort que la ha seguido con la vista, manifiesta su alegria.)

perdone mi indiscrecion
vuestro noble corazon.

BED. (Ella es! No me engañé.)

(Alencastre despues de haber mirado un momento á Leonor, se vuelve á Bedfort y dice con interés.)

ALE. Hermosa es, por vida mia,
Alzad.

(levantando á Leonor, y como contemplando absorto su hermosura.)

(Bedfort temiendo que Alencastre dege en libertad á Leonor, dice con el interés del que teme le arrebaten su presa.)

BED. Señor, si la dais
oidos, quizá perdais
una corona en un dia.
Y pensad que echará Dios,
si perecen engañados,
la sangre de esos malvados
gota á gota sobre vos.
Ahora el cielo os ilumina
para que no la vertáis;
qué será si despreciais,
señor, esa luz divina?
Qué direis cuando llegado
el juicio tremendo os llame,
si vais como reo infame
de tanta sangre manchado?

ALE. Roberto, qué es eso? Vais *(con dignidad.)*
á predicarme tambien?
O habeis olvidado á quien,
capitan, hablando estais?

BED. El cielo de vuestra gloria *(con sumision.)*
me obligó, que sentiria
veros, señor, algun dia
mal retratado en la historia.

ALE. Lo creo asi, y os perdono
en gracia de la intencion.

(dá la mano á Bedfort y este la besa.)

Sabeis que mi corazon
no puede guardar encono.

BED. Señor... (Oh! Si se perdiera
esta ocasion...)

LEO. (Dios eterno,
qué suplicio!)

BED. *(continuando.)* (Del infierno
los tormentos prefiriera.)

JIM. Confia en Dios, Leonor,
no llores.

LEO. Jimena mia,
no puedo.

BED. Se pasa el dia
y no resolveis, señor.

TELLO. Si; decide en el instante
la libertad ó la muerte,
que para arrostrar la suerte
tengo corazon bastante.
Y si lo que lloro y siento,
por desgracia me engañé,
con mi sangre lavaré
los errores de un momento.

ALE. Bien. Bedfort, egecutad
(como resolviéndose á su pesar.)
mis órdenes sin tardanza.
Seguidme.

(A los demas capitanes que se entran con Alencastre por la salida derecha, hasta donde le acompaña Bedfort.)

LEO. *(á Jimena.)* No hay esperanza.

ALE. Daos prisa. *(saliendo.)*

BED. Descuidad.

ESCENA III.

LEONOR, JIMENA, BEDFORT, DON TELLO *y soldados.*

BED. (Oh! ya es mia.) Guardias? *(aparecen.)* Fuera
sacad á ese hombre; llevadle
con gran cuidado, y dejadle
en la avanzada postrera.

TELLO. No! Teneos, vive Dios!
que mi hija ha de venir,
ó hemos sino de morir
aqui abrazados los dos.

BED. Miradlo bien, porque nada
vuestro empeño alcanzará;
y aqui vuestra hija será
atendida y respetada.
Venid. *(queriendo cojer de la mano á Leonor.)*

LEO. No; no os acerqueis:
(retrocediendo espantada.)
me dais miedo. Huid de mi!
(Bedfort la mira con sonrisa de triunfo.)
Ah! no me mireis asi...
Malvado! Me estremeceis...
No sé qué fatal destino
me anuncia vuestra mirada.
Sois una hiena lanzada
por mi mal en mi camino?
Qué me quereis?.. No! jamás
lograreis vuestra porfia.
primero me mataria,
ministro de Satanás.

TELLO. Leonor!
(como suplicándola que no irrite á Bedfort.)

BED. *(con calma.)* Señora, yo siento,
y os lo juro por mi Dios,
tener que usar contra vos
de algun medio violento:
pero me lo manda el rey,
y aunque sea mal mandado,
en un valiente soldado
el obedecer es ley.

LEO. Pues bien, tiranos, probad

si podeis arrebatarme
un padre que supo darme
alma y corazon: llegad,
verdugos sin compasion,
lobos del mundo, villanos;
yo os rasgaré con las manos
los ojos y el corazon.
Habeis pensado triunfar
de una infelice muger;
inhumanos, sin creer
que os pudierais engañar.
Cobardes sin corazon,
mal llamados caballeros,
que envainais vuestros aceros
y atacais con la traicion;
contra acciones tan villanas
sabed que para su bien
tiene Castilla tambien
valor en sus castellanas;
y que esposa de Leon
es Castilla; y si traidores,
como astutos cazadores,
á sus hijas sin razon
las acosais en su tierra,
serán, pues en ella nacen,
leonas que despedacen
los pendones de Inglaterra.

BED. Me dais lástima, señora,
porque entre palabras tales,
se dejan ver las señales
de alguna fiebre traidora,
y os engaña el corazon.

LEO. Pues bien, llegad si podeis.

BED. Y vos me perdonareis *(con galanteria.)*
que cumpla mi obligacion.

(Leonor quiere hacer un esfuerzo de valor y dirigirse á Bedfort, pero la faltan las fuerzas, vacila y cae en brazos de Jimena.)

LEO. Ah! no puedo mas, Jimena.
Yo me ahogo, padre mio!

TELLO Leonor! *(acudiendo á ella.)*

LEO. Ah! Siento un frio
que las fuerzas me encadena.

(cae desmayada en brazos de su padre y de Jimena.)

BED. No decia yo que todo
era un esceso de vida,
que al fin seria rendida
de uno ó de otro modo?
Separadlos. *(á los guardias.)*

TELLO. Ah! Señor,
tened piedad de un anciano.

BED. Pronto! llevadle.

(le arrastran los soldados fuera de la escena.)

TELLO. *(saliendo.)* Villano!
maldito seas!.. Leonor!
Hija mia! *(vanse.)*

BED. Entrad alli
(á dos que se han quedado sosteniendo á Leonor.)
esa muger con cuidado,
y no la deges, Conrado,
hasta que haya vuelto en si.

(entran con Leonor en el apartamiento de la izquierda. Jimena les sigue llorando.)

JIM. (Infeliz! Qué horrible suerte
la espera!)

ESCENA IV.

BEDFORT *solo, y como hablando consigo mismo.*

Está en mi poder,
y pronto la haré escoger
entre mi amor y la muerte...
Ahora con gran razon
debes, Bedfort, evitar
el que llegue á sospechar
Alencastre esta pasion:
de ese modo alcanzarás
ser guarda de esa muger,
y una vez en tu poder
tus deseos lograrás;
que negarse entonces fuera,
en verdad, gran desatino...
Verá que no hay mas camino,
y hará al fin lo que yo quiera.
Si aun resiste tenaz
mi cariño, y no hay remedio,
usaré por fin el medio
que dá la fuerza, y en paz.
Qué hay, Conrado? Ha vuelto en si?
(á Conrado que sale.)

CON. Si, señor; apenas vió
donde se hallaba, empezó
á llorar. Yo la ofrecí
traerla cuanto pudiera
dejar su gusto cumplido,
y, muda, no ha respondido
ni una palabra siquiera.

BED. Está bien... Déjame ya.

CON. El cielo os guarde, señor. *(vase.)*

BED. Ya estoy solo con mi amor.
Quién mi dicha impedirá?
Aun tardará en salir
Alencastre; no perdamos
esta ocasion, y leamos
un rato en el porvenir.
Ah! gocemos la ventura
que asi... Pero y si es un sueño
lo que me pasa?.. Yo dueño
de esa muger!.. qué locura!
Esta idea que es mi vida,
y me persigue tenaz,
es sueño?.. No; es realidad,
(mirando al apartamiento donde entró Leonor.)
y la realidad querida.
Allí está: con su dolor
mas bella me parece hoy...
y, qué espero, que no voy
á declararla mi amor?
Vamos, Bedfort, ¿qué recelo
te detiene? Y si tobiera *(dá dos pasos y se para.)*
otro amor, y no admitiera
tu cariño? Vive el cielo!
(con ira que contiene con la mayor prontitud.)
Pero, Bedfort, ¿qué interés
asi te puede obligar,
tan sin cautela á olvidar
que eres por fortuna inglés?
Calma, astucia, y sangre fria.
Si abriga su corazon
por su mal otra pasion,
bueno, que no viva un dia.
Y ese amante, cuya estrella
ha venido á mi poder,
vaya, si la quiere ver,
al otro mundo á por ella...

Si se arregla algun tratado,
y la tengo que entregar,
facil me será probar
que ella misma se ha matado.
Calma, Bedfort, y adelante:
sea tuya ó de la muerte...
Son azares de la suerte,
y el que pierda que se aguante.
Decidete, corazon.

(En el momento en que vá à llegar al apartamiento, donde está Leonor, sale Alencastre por el lado opuesto seguido de los capitanes.)

ESCENA VI.

ALENCASTRE, OLANDA, JACOBO, EDUARDO, VASCONCELOS, BEDFORT.

ALE. Bedfort?
BED. *(deteniéndose.)* Señor?
ALE. Dónde vais
ahora?
BED. Eso preguntais?
A cumplir mi obligacion.
En esa cuadra apartada,
de la tienda, á esa muger
han metido, y voy á ver
si está bien asegurada.
ALE. Si; dejad eso olvidado,
y ceñios el arnés,
que mas guerrero interés
reclama nuestro cuidado.
BED. Señor, yo fui solamente
quien fiel os aconsejára
que en rehenes se quedára;
y si, desgraciadamente,
llegára á fugarse...
ALE. Qué?
BED. Mi plan se destruiria,
y el mundo acaso diria
que á vuestra alteza engañó.
Es la envidia tan mordad
que en todo peca, señor.
ALE. Si en ello os va tanto honor
no os la negaré: Llevad
ahora mismo esa muger
á vuestra tienda: ya veo
que teneis un gran deseo
en que se llegue á deber
á vuestra idea la gloria
de esta jornada; y mi sello
guardareis, si al fin por ello
alcanzamos la victoria.
BED. Señor, doy á vuestra alteza
mil gracias por tanto honor.
(besando arrodillado la mano de Alencastre.)
ALE. Alzad.
BED. (Albricias, amor.
Oh! ya es mia.)
ALE. A la cabeza
de vuestros soldados, quiero
que al momento os presenteis.
BED. Está bien.
ALE. No os descuideis,
que en la alameda os espero.

(En el momento en que Alencastre se dirige á la salida del foro seguido de los capitanes, se presenta el oficial.)

OFI. Señor?
ALE. Qué hay?
OFI. Un enviado
que de la plaza ha salido,
con un séquito lucido
á nuestro campo ha llegado.
Dice que desea hablar
á vuestra alteza, y tambien
á los gefes...
ALE. Está bien.
Hacedle al momento entrar.
Parece que vuestro plan *(á Bedfort.)*
va dando sus resultados.
Si; serán los enviados
que las llaves nos traerán.
BED. Tal vez... (Oh! permita el cielo
que tal no sea)
ALE. Si asi
fuera, os nombro desde aqui
gobernador de este suelo.
(Roberto se inclina en accion de gracias.)

ESCENA VII.

Los mismos, RUY LOPEZ *de cota de malla y con la visera calada.*

ALE. Bien venido seais, bravo caudillo,
cuyo noble ademan, segun reparo,
á garantir vuestra persona basta
al llegar hasta mi como enviado
de un pueblo digno de emplear su arrojo
en favor de otra causa. Ya escuchamos
lo que decir teneis: mostrad al punto
libre el rostro, y hablad.
LOP. Si con recato
le guarda la celada, para ello
sus razones tendrá. De un enviado
las palabras no mas son las que deben
interés ofrecer, no si de mano
del cielo recibió al venir al mundo
belleza ó fealdad.
ALE. Pues bien; sepamos
cual es vuestra mision: nada me importa
quien quiera que seais.
LOP. *(bajando á la escena.)* Ruy Lopez Dávalos,
súbdito del monarca de Castilla,
conde de Rivadeo, adelantado
mayor de Murcia, en Benavente ahora
gobernador, os reta, sin descanso,
á muerte, á vos, el duque de Alencastre,
ó á cualquiera de vuestros esforzados
caballeros, que anhelen las espadas
con la suya cruzar; estipulando
dos solas condiciones: Si la suerte
os diere el triunfo á vos, sin mas estragos
se rendirá la villa; si venciere
Ruy Lopez, al momento vuestro campo
levantado será, y jamás la plaza
á sitiar volvereis.
ALE. Bien, castellano,
no esperaba yo tal, por vida mia;
y dile á tu señor que ha sido grato
para mi tu mensage; y que ya espero
el momento feliz que nos veamos
cara á cara los dos.
LOP. *(dirigiéndose á Alencastre con ademan de darle la mano.)*
Pues bien ..
(en el momento en que va á llegar á Alencastre, Jacobo habla con entusiasmo: Ruy Lopez se contiene.)
JAC. Oh! nunca
creais que cederán vuéstros soldados

esa gloria, señor.
ALE. Willian! qué es eso?
Dónde habeis aprendido á sublevaros
contra mi voluntad? Silencio digo!
(*Jacobo que iba a hablar se contiene.*)
Nadie intente oponerse; yo lo mando,
y rebelde declaro desde ahora
al que no obedeciere mis mandatos.
OLAN. Pues antes con pesar arrostraremos
vuestras iras, señor, que consintamos
ver espuesta una vida que el destino
con tantas otras vidas ha enlazado.
Perdonad si, rebeldes un momento,
á vuestra voluntad nos declaramos.
Cada cual de nosotros ser quisiera
el solo caballero á quien retado
hubiera ese caudillo: aqui no hay uno
de vuestros capitanes que insensato
no ambicione la gloria de un combate
con el fiero español que intenta osado
á un rey desafiar.
ALE. Olanda, basta!
Mis armas, mi escudero y mi caballo
haced que vengan sin tardanza alguna.
Tú, dile á tu señor que ya le aguardo
(*á Ruy Lopez.*)
con ansia de probar en franca guerra
el temple de su acero y de su brazo.
LOP. Bien, dentro de una hora ..
OLAN. Capitanes!
La vil afrenta que marchita el lauro
que adorna vuestras frentes no manchadas,
pudierais consentir?
EDU. No! protestamos
contra todo combate que no sea
por uno de nosotros sustentado.
OLAN. Ya lo veis.
ALE Oh! traidores!
OLAN. No, leales.
Que seria, señor, de esos soldados
que con amor y lealtad os siguen
de sus tierras y climas tan estraños,
si murierais aqui? Su fiel cariño
quereis pagar, dejando abandonado
un ejército entero á mil peligros,
en pais estrangero, sin amparo,
cual tierno niño que perdió en la cuna
los padres que á este mundo le arrojaron?
Señor, miradlo bien.
LOP. Nobles guerreros,
mucho os honra la lucha en que empeñados
estais; pero mirad que el tiempo pasa,
y yo con ansia la respuesta aguardo.
Si al fin el conveniros no es posible,
que decida la suerte es lo mas llano.
TODOS MENOS BED. Si la suerte!
ALE. Pues bien; mi nombre quiero
el primero escribir. Traed un casco,
y en él su nombre cada uno ponga
escrito en un papel.
(Los cascos de los ingleses estarán en la escena sobre cajas de guerra ó sillas de tigera. Jacobo alcanza uno, en el que cada capitan va echando una papeleta en que pone su nombre. Alencastre lo coje y se lo presenta á Ruy Lopez.)
OLAN. (Dios soberano,
librad á nuestro rey, en cuya vida
gloria espera su ejército esforzado.
ALE. En el nombre de Dios severo y justo,
que guie con acierto vuestra mano,
el destino sacad.
LOP. (*saca una papeleta y lee.*) Roberto Bedfort.
BED. Yo! (Maldito destino!)
LOP. Vuestra mano,
(*se levanta la visera y se dirige á Bedfort.*)
valiente capitan, y hasta mañana.
Apenas el aurora plegue el manto
de la vecina noche, nos veremos.
BED. Hasta mañana pues.
(Bedfort estará con la espalda vuelta y enfrente al apartamiento donde entró Leonor: se supone que esta vé á Ruy Lopez, y se la oye dar un grito, que llama la atencion de Ruy Lopez; este se dirige á dicho apartamiento, y al ir á llegar, sale Leonor.)
LEO. (*dentro.*) Ah!
LOP. Cielo santo!
Qué veo? Leonor! prenda querida,
que perdida lloré, vuelve á mis brazos.

ESCENA VIII.

Dichos, LEONOR.

LEO. Ruy Lopez, qué destino maldecido
te trajo á este lugar? Huye! la muerte
te cerca por do quier.
LOP. Fortuna ha sido,
no desgracia, mi bien, pues llego á verte:
y nadie puede disputarme ahora
tu hermosura y tu amor.
BED. (Ruy Lopez dijo:
es mi rival. Maquinacion traidora
en este reto por do quier colijo.
Mandad prender al impostor.
LOP. Cobarde!
lo menos que ninguno hacer debieras
tan vil proposicion.
BED. (*con grande interés.*) Si ya no es tarde,
el cielo de un traidor salvarnos quiera.
Sus soldados, tal vez desprevenido
nuestro ejército hallaron; y, aterrada
la vanguardia, señor, habrán podido
con su preciosa sangre derramada
los campos innundar. Desde aqui veo
los nuestros perecer al golpe airado
de traidora cuchilla. El clamoreo
del soldado infeliz que, asesinado
por la muerte cruel, venganza clama,
el viento cruza; y al herir la tierra
con triste acento de dolor nos llama
á vengar el honor de la Inglaterra.
ALE. Willian!
JAC. Señor?
ALE. Mi guardia en el momento
haced que se prevenga.
LEO. Ves? tiranos
te van á asesinar, huye!
LOP. No siento
mas temor que por ti, si esos villanos
sin fé pretenden con disculpa vana
mi persona atacar.
ALE. No, solo quiero
en rehenes guardar hasta mañana
esa muger, á quien segun infiero
te une el amor: mas si traicion impia
te trajo á este lugar, nada pudiera
librarte aqui de la venganza mia,
y ella contigo á mi furor muriera.
LOP. Aun no me conoceis? Habeis oido
mi nombre pronunciar, y algun recelo
de villana traicion habeis podido

contra mi concebir! No, vive el cielo;
Ruy Lopez no es traidor; y á quien dijere
otra cosa en contrario, yo le digo
que miente; y venga, pues, donde quisiere
á sustentar la acusacion conmigo.

ALE. Jacobo llega ya; por él sabremos
cual la intencion de tu venida estraña
ha sido á este lugar.

LEO. No, no, marchemos:
huye, por Dios, de su traidora saña.

LOP. Serénate, Leonor; aqui he llegado
en franca lucha; mas si vil recelo
con doblada intencion han pretestado,
de Dios al justo tribunal apelo.

ALE. Qué hay Jacobo? (*á este que llega.*)

JAC. Señor, todo tranquilo
en nuestro campo está; cosa ninguna
en él induce á sospechar el hilo
de trama horrible ni traicion alguna.

ALE. Bien, Ruy Lopez; en tanto que la hora
del combate se acerca, segun veo
os podeis retirar; y vos, señora,
aqui ese instante que espereis deseo.

LOP. Alencastre, qué tiene en nuestra lucha
que ver esta muger?

ALE. No te se esconde
que tiene parte en el asunto, y mucha:
ella en mi campo de tu fé responde.

LOP. Qué me quereis decir?

ALE. Que si intentára
alguno contra mi traicion impia,
por temor de que en ella me vengára,
tu poder la traicion impediria.

LOP. Aun recelas de mi?

ALE. No; mas confieso
que no debo perder cuanto me fuere
propicio en tal azar: quiero por eso
que esta muger en mi poder espere.

LOP. Quién de ti me responde?

ALE. Castellano,
que no conoces á Alencastre infiero:
mas, calma ese temor. Por esta mano
te responde mi fé de caballero.
Si fuera, por azar de la fortuna,
tu suerte en el combate desgraciada,
esa muger...

LOP. Qué?

ALE. Sin duda alguna,
á su padre por mi será entregada.

LEO. Ah! Ruy Lopez, no, no; contigo quiero
salir de este lugar, donde una suerte
aun mas horrible que la tumba espero,
si te alejas de mi, dame la muerte.

ALE. Ruy Lopez, yo respondo por mi vida
de esa muger, y para mas sagrado
será, si asi lo quieres, añadida
como una condicion en el tratado.
Ya sea vencedor ó ya vencido,
si quieres á mi honra confiarla,
apenas el combate concluido,
yo te prometo en libertad dejarla.

LOP. Y por qué ahora no?

ALE. Porque los mios
en ella ven de la traicion el puerto:
y en vano fuera reclamar tus brios
si desarmado estás.

LEO. Dios mio!

LOP. Es cierto.
Ya se vé, me teneis como raposos
al leon en la jaula adormecido,
y aun creo que cobardes y medrosos
temblais al escuchar solo el rugido.

ALE. Ruy Lopez!

LOP. Bien. . acepto. Dios protege
mi causa, y mirará que en tal partida
yo en vuestras manos una prenda deje
que me puede importar mas que mi vida.

LEO. Me abandonas asi?

LOP. No, prenda mia.

LEO. No, y me dejas, cruel!

LOP. No hay mas camino.
En vano ahora pretender seria
arrancarte de aqui, cedo al destino.
Mañana al fin decidirá la suerte
quién de los dos esta contienda gana.
(*señalando á Alencastre.*)
No acobardemos ya. con alma fuerte
espera, Leonor, hasta mañana.

LEO. Pues bien; si otro remedio no encontramos,
en la ayuda de Dios esperaremos,
que si ánimo y valor asi nos damos,
el horrible destino venceremos.

LOP. Ah! tu arrojo y valor me dan mas brió.

LEO. Dios combata á tu lado!

LOP. Asi lo espero.
Hasta mañana, pues, encanto mio.

LEO. Adios!.. hasta mañana.

(*Ruy Lopez conduce á Leonor al apartamiento de la izquierda donde entra esta*)

BED. (Si yo quiero.)

LEO. (Protegedle, señor! (*vase.*)

LOP. Bedfort, la hora?

BED. Del sol á los primeros resplandores.

LOP. Está bien, capitan, hasta mañana.
(*dándole la mano.*)
Alencastre...
(*como preguntando si le cumplirá la palabra.*)

ALE. (*con dignidad.*) Dudais?

LOP. (*da la mano á Alencastre como convencido de su honradez.*)
Adios, señores.

(Alencastre y los demas, menos Bedfort, salen acompañando á Ruy Lopez, á poco vuelve Alencastre solo.)

BED. (*solo.*) Ahora es mia. Pardiez, casi prefiero
tenerme que batir: Oh! ya ninguno
me la podrá quitar; y, si yo muero,
dos los muertos serán en vez de uno.

(*se dirige al apartamiento donde está Leonor, y al ir á llegar, sale Alencastre.*)

ALE. Bedfort?

BED. (*parándose.*) Qué mandais?

ALE. Quiero un momento
hablar á esa muger.

BED. (Ah!)

ALE. De esta puerta
la entrada vigilad.
(*entra y deja caer la cortina.*)

BED. Nuevo tormento
(*como poseido de una idea repentina*)
me prensa el corazon. Bedfort, alerta!

(Desenvaina el puñal, y se pone á escuchar con interés por entre la cortina que cubre la entrada del apartamiento donde donde entró Alencastre. Cae el telon.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Campamento de ingleses y portugueses al frente de Benavente, cuya muralla por la parte esterior se distingue en lontananza y á la izquierda del espectador, coronada de centinelas. En tercer término se vé un puente que cruza de izquierda á derecha, sobre un rio que va á perderse á la izquierda del espectador: sobre el puente habrá varios centinelas. En los segundos bastidores la entrada de la tienda de Alencastre con dos centinelas. En el espacio que media entre la tienda de Alencastre y el puente, habrá todas las tiendas, pabellones de armas, grupos de soldados y centinelas posibles, hasta perderse en lontananza por la derecha del espectador. Mas arriba de la tienda de Alencastre, y tocando con ella, un tablado adornado con trofeos militares, al que se sube por una grada de tres escalones. En la tienda de Alencastre ondea el pabellon inglés, en la de Vasconcelos el portugués, y en un castillo de Benavente el español. Es de noche; á poco empieza á amanecer.

ESCENA PRIMERA.

VASCONCELOS, EDUARDO *y* JACOBO, *aparecen sentados en unas peñas que habrá á la derecha.*

VAS. Yo creo que tal locura,
en verdad, es cosa rara;
y el diablo que la comprenda.
O yo no entiendo palabra
en achaques de estratégia,
ó Ruy Lopez está en Babia.
EDU. No tal, señor Vasconcelos;
sabe bien lo que se caza.
VAS. Si es verdad lo que se dice,
no creo muy acertada
su reserva.
JAC. Por qué no?
VAS. Porque teniendo en la plaza
á su novia, es un delirio,
segun yo creo, dejarla
venir al campo enemigo,
cuando con una palabra
puedo evitarlo.
EDU. No tal.
VAS. Cómo que no? Si pensaba
proponer un desafio
personal, la cosa es clara:
conque se lo hubiera dicho
á don Tello, santas pascuas:
el pueblo hubiera esperado
el éxito. .
EDU. Y si contraria
hubiera sido la idea
del pueblo, viendo su causa
asi mas comprometida?
Es claro que exasperadas
sus pasiones, en tumulto
por las calles y las plazas,
la salida de Ruy Lopez
hubiera impedido; nada
bastaria á contener
la multitud; de las armas
hecha dueña, hubiera preso
á Ruy Lopez, irritada;
y ya se hubiera entregado
Benavente.
VAS. Y una infamia
no hubiera sido pagar
de ese modo la arrogancia
y el valor de su caudillo?
JAC. Y qué quereis? Si en España
asi es la plebe.
EDU. Lo mismo
que en todas partes: se exalta
cuando vé el peligro lejos,
grita, se enfurece, arrastra
el objeto de sus odios
sin compasion; y si amaga
sobre ella un golpe certero,
se aterra, tiembla asustada,
mira estúpida el peligro,
espera la muerte, y calla.
VAS. Sabeis mas que un Ciceron:
me habeis convencido. Basta,
y no hablemos mas en eso.
Y, decidme, no os estraña
el que Alencastre consienta,
con esa maldita calma,
que presencie Leonor
el combate, y que haya
mandado hacer para ello
ese tablado?
EDU. Es ventaja
para nosotros.
VAS. No entiendo...
EDU. Vasconcelos, es escasa
de comprension vuestra mente.
Teniendo cerca á su amada
Ruy Lopez mientras combate,
no hay duda que en ello gana
Roberto
VAS. Cómo?
EDU. Es muy facil
que dirija una mirada
á doña Leonor, Ruy Lopez...
VAS. Y qué?
EDU. Y bien aprovechada
por Bedfort tal ocasion,
puede con acierto y maña
el pecho de medio á medio
pasarle de una estocada;
y negocio concluido.
VAS. (*ap. y santiguándose.*)
Que idea tan endiablada!
Como de ingleses al fin!
JAC. Ademas, esa muchacha
lo ha pedido asi, y no es facil
negarse á tan linda cara,
cuando reclama llorosa
de rodillas una gracia.
VAS. Pero esta, segun decis,
ha de serla desgraciada.
EDU. Y qué quereis, Vasconcelos?
Es muger, y esa ignorancia
es privilegio esclusivo
del sexo: nunca las damas
supieron, don Pedro, hacer
las cosas como Dios manda.
Ademas, es española;
y ya sabeis que en España
obran de un modo distinto
á toda la especie humana.
Todo aqui es original,
sorprendente; hasta las almas
parecen en esta tierra
de otra sustancia formadas
que en lo restante del mundo.
VAS. Teneis razon.
JAC. Apostára

á que era capaz la niña
de asir tambien una lanza
como una rueca. Y decidme,
Vasconcelos, no os agrada
la idea de ese tablado?

VAS. No por cierto. Es cosa rara,
en verdad, asi un combate
celebrar con tanta gala
como si fuera un torneo.

JAC. Pues eso á mi no me estraña;
lo creo muy natural
y muy justo.

VAS. Pues no alcanza
mi mente que esa muger
pueda presenciar con calma
un combate en que la vida
le vá al hombre que idolatra.

JAC. Ademas, es la que tiene
la cabeza trastornada
à Bedfort, y...

VAS. Yo no sé
por qué veo una mortaja
en todos esos trofeos.

JAC. Vasconcelos, sois un mandria.

VAS. Bien sabeis que no; y ¡por vida!
(*enfadado y empuñando la espada.*)
que si otra vez se propasa
el muy lenguado...

EDU. Qué es eso?
Os vais á dar de estocadas
por tan simple vagatela?

JAC. Yo, Eduardo? Dios me valga!
Dadme la mano, y espero (*á Vasconcelos.*)
que me dispenseis.

VAS. Tomadla;
y no hablemos mas en ello.

JAC. Bien

EDU. Ya parece que el alba
despunta. . Hola, á nuestros puestos,
(*se oye tocar diana á varias cajas y clarines.*)
que los clarines nos llaman. (*vanse.*)

ESCENA II.

LEONOR *y* JIMENA, *saliendo de la tienda de Alencastre.*

JIM. Dónde vamos, Leonor?

LEO. No lo sé, Jimena mia.
El toque de la agonia
me parece ese atambor...
Hasta el aire me sofoca
que en esa tienda respiro...
me da miedo cuanto miro. .
quisiera volverme loca;
que perdida la razon,
y la esperanza, Jimena,
no sentiria la pena
que me rasga el corazon.
Apenas el duque ayer
comedido me ofreció
su respeto, y se ausentó,
vino ese hombre, á quien ni ver
puedo con serenidad.

JIM. Ah! si; su cara le abona
que es Satanás en persona;
el molde de la impiedad.

LEO. Ah! (*mirando horrorizada al tablado.*)

JIM Qué tienes?

LEO. Me dá miedo
ese tablado sombrio:
quisiera al corazon mio
darle valor, y no puedo ..

JIM. Pero si es una locura
el ver el combate.

LEO. Oh!
á no presidirle yo
fuera mayor mi tortura.
Cada minuto perdido
sin saber el resultado
fuera al corazon llagado
el tormento mas cumplido
Asi, tal vez ocupada
en los azares del duelo,
acallaré el desconsuelo
de mis penas olvidada.
Lo dudas? Me siento ya
mejor: mi abrasada frente
ha refrescado el ambiente
que mi sien ciñendo va.
Es la brisa de la auro a
bálsamo consolador,
que alivia, amigo, el dolor
del alma que triste llora...
Mira; siéntate, Jimena,
á mi lado .. ¡Cielos!.. Si,
(*respirando despues de haberse sentado.*)
respiro tan bien aqui
que casi me siento buena...
Si supieras que cruel,
que horrible noche he pasado!
Siempre he tenido á mi lado
su sombra .. ¡Cielos!.. es él!
(*viendo á Bedfort que sale de una tienda.*)
Huyamos!

JIM. Dios mio!
(*quieren huir dirigiéndose á la tienda de Alencastre; Bedfort se interpone.*)

ESCENA III.

Dichas, BEDFORT, CONRADO.

BED. No;
esperad.

LEO. Suerte traidora, (*como para si.*)
qué me quieres?

BED. Qué, señora?
Que tengo que hablaros yo;
y como la suerte á mi
no me pone adusto el ceño,
á pesar de vuestro empeño
quiere que me oigais aqui.
Y vos, señora, un momento
despejad.

JIM. Oh! no me iré
de aqui.

BED. Mirad que os haré
marchar por fuerza, y lo siento.

JIM. Pero...

BED. Conrado?

CON. Señor?

BED. Lleva á esa muger.

CON. Venid.
Vamos, la vieja, seguid. (*empujándola.*)

JIM. Cielos! Velad por Leonor.
(Conrado deja á Jimena dentro de la tienda de Alencastre, y él se dirige á la misma de que salió con Bedfort.)

ESCENA IV.

LEONOR, BEDFORT.

BED. Y bien; supongo que habreis
pensado en lo que mi amor
os dijo anoche.
LEO. Ah! Señor,
dejadme, qué me quereis?
Ya os lo dije; tanto afan
es en valde; en mis dolores
no mirais que otros amores
mis ojos llorando están?
BED. Leonor, por vuestra vida
no volvais á recordarme
á quien viene á arrebatarme
esa esperanza querida.
Una idea, un pensamiento
de que amais otra pasion,
es para mi corazon
el mas horrible tormento.
Si Alencastre, por su mal,
de amor os hubiera hablado
ayer, hubiera probado
el temple de mi puñal.
Ah! Leonor, saben los cielos,
desde el dia en que os amé,
cuanto el corazon gasté
en la rueda de los celos.
Si; los tengo de mi mismo;
y el cielo me ayudará,
ó el infierno me abrirá
para los dos un abismo...
Ah! no podeis comprender
este amor horrible, eterno;
siento el fuego del infierno
dentro de mi pecho arder.
Tened compasion de mi,
de este amor que me debora;
sola vos podeis, señora,
hacerme dichoso; si,
solo vos podeis, quizás,
volverme la dulce calma,
y arrebatareis un alma
del poder de Satanás.
Endulzad mi corazon
que este mundo ha pervertido:
sed, ¡por el cielo os lo pido!
ángel de mi salvacion.
LEO. (*como para si.* Oh! qué horrible pesadilla!
Déjame, sueño tirano!
BED. Oye; si me das tu mano
huiremos de Castilla;
y en la tierra mas hermosa
que cuadre á tu pensamiento,
te haré gozar el contento
de una vida deliciosa.
LEO. Oh! dejadme ya olvidais
que es en vano tanto afan,
y que inútiles serán
cuantas promesas hagais?
Mas quiero el amor que siento,
aun perdida la esperanza,
que cuanto á medir alcanza
el poder del pensamiento.
BED. Leonor, por vuestra vida
templad este fuego ardiente
que está abrasando mi frente
de mil tormentos herida.
LEO. Nunca! No sé que anatema
en tu frente veo escrito.
Déjame, hombre maldito;
tu aliento solo me quema.
BED. (*furioso.*) Leonor! Pero... ¡ah!.. si... si...
(*conteniéndose y variando de tono.*)
Teneis razon... Qué locura!
Mi pasion y mi ventura
insensato os ofrecí.
Ja, ja, ja! Fué un estravio
de la mente acalorada.
(*pasándose la mano por la frente.*)
Me abrasa.. pero no es nada...
ya veis... yo mismo me rio.
Ja, ja, ja!.. Si... No es verdad
que es muy grande insensatez,
al cisne que está en la red
ofrecerle libertad?
No es cierto que imbécil es
si se arranca el soberano
la corona por su mano,
y la deshoja á sus pies?
No es verdad que imbécil fuera
el César si se quitára
la púrpura que alcanzára,
y al esclavo se la diera?
LEO. Qué quieres darme á entender
con ese oscuro lenguage?
BED. Que no es bueno hacer ultrage
al que guarda su poder
y su fuerza
LEO. No comprendo
tu intencion, hombre malvado.
BED. Pues oidme con cuidado,
que ya la ireis entendiendo.
Ahora en mi poder estais
y nadie os puede servir;
yo puedo haceros morir
si á mi cariño os negais:
mi voluntad soberana
una esclava tiene en vos;
y ofreceros ¡vive Dios!
el trono de una sultana,
no es verdad, niña hechicera,
que fue necio desatino,
teniendo yo otro camino
para alcanzar cuanto quiera?
LEO Cuál? (*aterrada.*)
BED. La fuerza, supongamos.
LEO. Te engañas, hombre traidor,
que primero, con valor,
me daré la muerte.
BED. (*con calma.*) Vamos
con calma, señora mia,
que no es tan malo el vivir.
Yo me tengo que batir
hoy mismo al romper el dia
con vuestro amante.
LEO. Es verdad!
Harto por inspiracion
me lo dice el corazon.
BED. Pues bien; ahora escuchad.
Por última vez os digo
que el combate dejaré,
y que con vos huiré
si quereis huir conmigo;
que si yo llego á faltar
el combate se retarda,
y al fin las tropas que aguarda
Ruy Lopez, pueden llegar.

Por vivir á vuestro lado
mi nombre y mi fama pierdo;
y pensad que no es muy cuerdo
hacer que desesperado
me bata con mi rival;
que por mi ventura ¡oh!
pudiera vencerle yo,
y entonces...

LEO. Suerte fatal
me esperaba!... ya lo sé.

BED. Pensad, bella criatura,
que con amor y ventura
muchas veces os brindé.

LEO. Déjame; buye de mi,
hombre vil, sin corazon:
me das miedo... y compasion:
nunca tal miseria vi!
Porque muger he nacido
crees, dado á Belcebú,
que tengo yo como tú
el corazon corrompido?
Soy muger, y si admitiera
proposicion tan villana,
al ver mi crimen mañana,
yo misma muerte me diera.
Si muere Ruy Lopez, bien;
pronto cesará mi anhelo;
oirá mi plegaria el cielo
y yo moriré tambien.
Dejadme.

BED. No, por quien soy:
ó habeis de seguir mi suerte,
ó para aguardar la muerte
ni dos minutos os doy.
(cogiéndola y sacando el puñal.)

LEO. Asesino!

BED. Si gritais
un poco mas, por mi vida
que, la esperanza perdida,
vuestra muerte acelerais.
Seguidme.

LEO. (*luchando.*) No!
(se oye un clarin en la muralla y sale Ruy Lopez con escolta; todo á caballo, donde lo permite el teatro)
¡Ese clarin!

BED. Ruy Lopez!

LEO. Estoy salvada!

BED. No lo creas, desgraciada:
llegó de tu vida el fin.

LEO. Socorro!

(Queriendo huir. En el momento en que Bedfort va á herirla, sale Alencastre de la tienda, á su voz se contiene Bedfort, guarda el puñal y suelta a Leonor que se refugia y cae desmayada en brazos de Alencastre.)

ESCENA V.

Dichos, ALENCASTRE.

ALE. Bedfort!

LEO. Ah!

ALE. Qué!
Asi lo encuentro empleado,
Roberto, cuando te llama
con sus clarines la fama
á luchar cual buen soldado?

BED. Señor...

ALE. Lo comprendo todo:
la amas, y aborrecido,
loco de amor, no has sabido
obligarla de otro modo.

BED. La amo, si; con interés
su cariño he suplicado,
y me he visto despreciado
y escarnecido á sus pies.
Perdoneme vuestra alteza
un amor tan vergonzoso,
cuando á jugar venturoso *(con intencion.)*
voy por mi rey mi cabeza.

ALE. Ah! no olvido que la suerte,
no queriéndome escuchar,
te ha escogido para dar
á mi enemigo la muerte.
Sin duda Ruy Lopez es
tu rival, por lo que veo;
y esta lucha, segun creo,
toma en ti doble interés.
Eso aumenta la esperanza
que yo tengo en tu valor,
pues Ruy Lopez de este amor
recelo ninguno alcanza.
Asi no dudo, Roberto,
ver antes que salga el sol,
á ese orgulloso español
por tu fé y por tu amor muerto.
Y si llegas á vencer,
y el cielo guarda tu vida,
haré porque sea añadida
á tu premio esta muger.

BED. Ah! Señor, ¡tanta bondad! *(con entusiasmo.)*
Casi me parece sueño
lo que me pasa... yo dueño
de quién?.. (*conteniéndose.*) Pero, dispensad
un arrebato, un delirio
de amor: es mi pensamiento
esa muger, mi tormento,
mi placer ó mi martirio.

ALE. Soy en estos lances ducho,
conozco de amor la llama,
y eso, Bedfort, no te infama;
al contrario, te honra mucho.

LEO. Ay! *(empieza á volver en si.)*

ALE. Silencio; vuelve en si,
y no es bueno que te vea.
Adios, y que tuyo sea
el premio que te ofreci.

BED. Yo os lo juro por mi vida.
(Respira, corazon, ya,
que tu venganza será
de todos modos cumplida.)

ALE. Leonor?

LEO. Dios mio!
(levanta la cabeza, y al ver á Bedfort la oculta.)

ALE. Vamos,
seguidme; no desmayeis.

LEO. Si... Llevadme.

ALE. En mi teneis
un apoyo.
(dirigiéndose con ella á su tienda, donde entran.)

ESCENA VI.

BEDFORT, *á poco* CONRADO, *que sale de la tienda de Bedfort.*

BED. Al fin estamos
en igual puesto los dos,
Ruy Lopez, y ya veremos
en tan criticos estremos,

el que vence. ¡Vive Dios!
que si á mi solo la pista
me va siguiendo la muerte,
yo arrebataré en mi suerte
la mitad de mi conquista.
Mi escudero! por Luzbel, (*viendo á Conrado.*)
el infierno me le envia.
Espera, venganza mia;
me debe su suerte, es fiel,
y no dudo que si muero
mi venganza tomará.
Conrado?

CON. Qué hay?

BED. Ven acá...
Oye... ya sabes que quiero
á esa muger que ha venido
á nuestro campo.

CON. Señor,
vos por mugeres amor?

BED. Quise decir: «la he querido.»

CON. Y bien?

BED. Lo que siento ahora
es odio, sed de venganza;
y en ti cifro mi esperanza
si me es la suerte traidora.

CON. Mandadme.

BED. Cuanto te pida
harás sin oposicion?

CON. Con razon y sin razon,
con el alma y con la vida.
A la muerte sentenciado
por cierta causa, os debi
la vida, y justo es que asi
cobreis lo que me habeis dado.

BED. Bien; acepto. Si perder
es mi destino, quisiera,
Conrado, que no viviera
mucho tiempo esa muger.

CON. Es decir que yo secundo
buen golpe, y la envio á Dios,
ó al diablo, á ver si es con vos
mas blanda en el otro mundo.

BED. Me has entendido.

CON. Aunque estén
nuestras vidas colocadas
en regiones separadas,
nos entendemos muy bien.
Si Ruy Lopez vence, irá
á estrechar con interés
á su amada; y á mis pies
su cadáver hallará.

BED. Toma; si llegas á dar
(*entregándole un bolsillo.*)
el golpe bien acertado,
con eso puedes, Conrado,
á todo trance escapar.

CON. Mil gracias, señor.

BED. Espero
en ti que me vengarás.

CON. Lo juro por Satanás
y por el infierno entero.

BED. Bien, amigo; si el Eterno
nos desampara á los dos,
es muy justo; vive Dios
que apelemos al infierno.
(*salen de la tienda Alencastre y Olanda.*)
El duque sale, y la oscura
noche huye de la aurora:
vamos pronto, que ya es hora
de vestirse la armadura.

ESCENA VII.

ALENCASTRE *y* OLANDA; *á poco se retira Olanda en direccion del ejército, y baja del puente un oficial que al salir Ruy Lopez de la plaza se ha dirigido á él, examinado y hablado hasta este momento.*

ALE. Haced, Olanda, que forme
el ejército; y de paso
á los gefes les decid,
que es de mi real agrado
que mis órdenes se cumplan
como es debido; y declaro
traidor á mi real persona
al que hiciere lo contrario.

OLAN. Bien; sereis obedecido. (*vase.*)

ALE. Qué quereis? (*al Oficial que llega.*)

OFI. Ruy Lopez Dávalos
desea, segun me ha dicho,
antes del combate hablaros,
señor.

ALE. Que venga al momento,
con vos solo, y desarmado.

OFI. Está bien. (*vase.*)

ESCENA VIII.

ALENCASTRE, *solo.*

ALE. Qué me querrá?
Tal vez algun nuevo pacto...
Me alegraria, que siento
haber, con tal arrebato,
admitido un desafio
que puede costarme caro.
La plaza, sin duda alguna,
si yo me hubiera tomado
tres dias mas de paciencia,
fuera mia... En fin, veamos:
tal vez pueda remediarse.

ESCENA IX.

RUY LOPEZ *y el* OFICIAL *que se queda á alguna distancia;* ALENCASTRE.

ALE. Sea Ruy Lopez á mi campo
bien venido.

LOP. El cielo os dé
vida feliz largos años.

ALE. Qué teneis que proponerme?

LOP. Proponer, no; suplicaros
una gracia, que no dudo
merecer.

ALE. Decid. (No alcanzo...)

LOP. Tan solo Dios sabe el fin
que al hombre tiene guardado.
Voy á batirme, y es facil
que me venza mi contrario.
En vuestro poder está
una muger á quien amo
mas que á mi vida, y quisiera
hablarla antes...

ALE. Castellano,
á tan justa peticion
el negar mi beneplácito
fuera un crimen: la verás.

LOP. Oh! gracias: el soberano
rey de reyes, en el cielo
os lo premie.

ALE. Un corto rato
esperad, porque ella misma
vendrá aqui.
LOP. Está bien; aguardo.

ESCENA X.

RUY LOPEZ, OFICIAL, *á poco* LEONOR *y* ALENCASTRE.

LOP. Voy á verte, Leonor,
por última vez acaso:
pero sepas tú, mi bien,
que nunca ha sido culpado
en este lance quien diera
por ti su vida, y que obrando
como á su deber cumplia,
no le quedaba otro paso
que dar en tan duro trance;
y, si es mi destino, al cabo,
iré á la tumba tranquilo.
(Salen Alencastre y Leonor. Esta al salir se precipita en los brazos de Ruy Lopez, este la recibe y permanecen un momento en silencio.)
LEO. Ruy Lopez!
LOP. Leonor! (*silencio.*)
ALE. (*al Oficial.*) Dejadlos.
(*el Oficial se retira por el fondo, Alencastre entra en su tienda.*)
LEO. Y mi padre? (*con interes.*)
LOP. Como vos,
mi razon ha conocido,
y ya con el pueblo unido
espera el juicio de Dios.
Porque, decid, ¿no es verdad
que jamás habeis pensado
que yo, señora, he obrado
sin razon en esto?... Hablad.
LEO. Y cómo pudiera yo
dudar de quien tanto adoro?
Aunque mi desgracia lloro,
de ella no te acuso, no.
LOP. Ah! pues calma, vida mia,
tu pena y tu llanto ya,
que hoy, por fin, dia será
de placentera alegria.
LEO. De placer ó de dolor,
yo no olvido, desgraciada,
que llevo en esta jugada
mi felicidad, mi amor.
La muerte casi certera
amaga tu vida, si;
y nadie sabe, ¡ay de mi!
cual es el fin que le espera.
LOP. Es verdad; pudiera ser
que yo perdiera la vida;
pero hay que hacer la partida
hasta ganar ó perder:
y no puedo sin dolor
mirar que lloras, cuitada,
y si te encuentro animada
tu valor me dá valor.
Nunca de la muerte vi,
por el miedo, ni aun la sombra,
y ahora no sé que me asombra,
Leonor, solo por ti.
Si en el dintel de la suerte
uno ú otro desmayamos,
vida mia, qué esperamos
sino el escarnio y la muerte?
LEO. Tienes razon; ya no quiero
tener miedo, ni llorar,
porque tú debes triunfar
y triunfarás, yo lo espero...
Soy una loca.
(*enjugándose las lágrimas y queriendo sonreir.*)
LOP. Amor mio,
no sé por qué me pareces
mas hermosa que otras veces
en mi amante desvario.
LEO. Ruy-Lopez, será aprension;
pero tambien me parece
que en tus ojos resplandece
mas cariño y mas pasion;
y es mas noble tu apostura.
Hay cosas que, en mi sentir,
se pueden muy bien decir
al pié de la sepultura:
¿no es verdad?
LOP. Si; por qué no?
El amor no es un delito,
y en su poder infinito
Dios para amar nos crió.
LEO. Y yo te amo tanto!
LOP. Hermosa
de mi vida, yo te adoro
como al ruiseñor canoro
su bien en la selva umbrosa.
Si por un azar, Leonor,
muero en la lucha pendiente,
guardarás eternamente
esta prueba de mi amor.
(*sacando un retrato y colgándolo al cuello de Leonor*)
Me la entregó al espirar
¡ay! la madre de mi vida,
y una prenda tan querida
tú la debes heredar.
LEO. Si, si, yo la guardaré
como la prenda sagrada
de una madre idolatrada,
y con ella moriré.
En cambio toma este velo:
(*quitándosele y poniéndosele en forma de banda á Ruy-Lopez.*)
prendas benditas están,
y si morimos serán
nuestras arras en el cielo.
Tambien yo le recibi
de mi madre: están las dos
allá en el cielo, y con Dios
nos bendicen desde alli.
LOP. Al darme tu confianza
esta banda, prenda mia,
renace en mi la alegria
el valor y la esperanza.
(*sale Bedfort de su tienda, se dirige á donde le espera una escolta á caballo; monta él y se oye un clarin.*)
LEO. Ah!
LOP. Qué tienes?
LEO. No has oido
ese clarin?
LOP. Si .. es verdad ..
LEO. De la horrible eternidad
el eco me ha parecido.
LOP. Ya me llama á combatir. (*como continuando.*)
Adios, dueño idolatrado. (*abrazándola.*)
LEO. Qué! te alejas de mi lado?
Ah! no, no; vas á morir. (*deteniéndole.*)
Crees tú que esperarán

cara á cara? No lo creas;
antes que el rostro les veas
á traicion te matarán.

LOP. Leonor!

LEO. Si, yo lo sé.
Si tienen valor y manos,
que vengan esos villanos
que yo te defenderé.
Como lobos en manada
te esperan; los ves allí?
Pero yo estoy junto á ti;
que vengan!

LOP. No temas nada.

LEO. Si, si, que no puede ser
sino cobarde y traidor,
el que emplea su valor
en una infeliz muger.

LOP. Y pretendes que yo sea
mas cobarde todavia,
huyendo á la luz del dia
el riesgo de una pelea?
Vuelve en ti; mira el abismo
en que me quieres lanzar.
Si llegáran á dudar
de mi valor, ¡ah! yo mismo
me mataria!

LEO. (*dando un grito.*) Ah! No, no.
Cobarde tú! Si tal fuera,
de verguenza me muriera,
que verguenza tengo yo.
Si si; corre sin tardanza
á probarles con la fuerza,
que no hay quien tu brazo tuerza
en cuanto la vista alcanza.
Y aprenda esa inmunda grey
que en cuanto domina el sol,
defendera un español
su honor, su patria y su rey.

LOP. Si el cielo derrama en ti
ese entusiasmo divino,
qué pecho teme el destino
oyéndote hablar así?
Eres, Leonor querida,
de mis tormentos en pos,
el angel que envia Dios
para hacer feliz mi vida.
Yo venceré, Leonor,
la arrogancia del inglés,
y conquistaré despues
lo que apetezca tu amor.
Cuanto puedas desear
tendrás; bosques peregrinos
con arroyos cristalinos
y jazmines y azahar.
Tendrás telas recamadas
de lujosa orfebreria,
y con oro y pedreria
á tu capricho bordadas.
Y en palacios de marfil
que el artista engalanó,
entre espacios que cercó
alambre de oro sutil,
tendrás músicos que cantan
en el bosque sus amores;
pájaros de cien colores
que el aire risueño esmaltan;
que mi anhelo buscará,
para darte, encanto mio,
cuanto encierra el mar bravio
y cuanto en el aire va.
Y en mi amorosa locura
arrebataré á la tierra
cuantas bellezas encierra
para adornar tu hermosura.
Mil doncellas á la par,
de blanco y azul vestidas,
y entre el arrayan perdidas,
y el jazmin y el azahar,
en fantástica ilusion
y celestial armonia,
nos cantarán, vida mia,
tu pasion y mi pasion.
Y cien músicos y cien,
coros de ángeles fingiendo,
irán todos repitiendo
nuestros amores tambien:
porque yo formaré aqui
con mi amor y mi desvelo,
hasta que subas al cielo,
otro cielo para ti.

LEO. Ah! si, si; tienes razon;
no debo temer por ti:
seremos felices, si,
me lo dice el corazon.

(*se oye otra vez el clarin, y se vé á Conrado bajar al proscenio, observando á Leonor y Ruy-Lopez.*)

Otra vez! Ah! por el cielo,
corre; ya el clarin te llama,
que no tenga de tu fama
el ingles ningun recelo.

LOP. Adios! (*abrazándola.*)

LEO. El te dé fortuna.

LOP. Y á ti valor, angel mio.

LEO. Adios!

LOP. Adios!

(Se separan manifestando los contrarios afectos con que luchan. Leonor entra en la tienda de Alencastre: Conrado los mira con sonrisa infernal.)

CON. (*solo.*) Desvario!
No espereis ya dicha alguna;
la muerte siguiéndoos vá
tan de cerca, voto á Dios,
que está uno de los dos
al pié de la tumba ya.

(Alencastre y Olanda vienen por el foro izquierda, se supone que vienen del campamento: Alencastre dá la orden que sigue á Olandá, y este entra en la tienda.)

ALE. Que salga con vos, Olanda.

ESCENA XI.

ALENCASTRE, CONRADO.

CON. El Duque... A buen tiempo llega.
(*se dirige a él con la mayor humildad.*)
Tengo, señor, que pedir
una gracia á vuestra alteza.

ALE. Decid.

CON. Soy el escudero
del capitan á quien llena
una suerte ventorosa
á jugar en esta empresa,
por la gloria de su patria
y por su rey su cabeza.

ALE. Acabad pronto. (*con sequedad.*)

CON. Le amo
como á mi padre, y quisiera
obtener de vos la gracia
de ver desde lo mas cerca
posible el combate; que es

la certidumbre, al que espera,
mas horrible que la muerte;
y la realidad no pesa
tanto sobre el corazon
que, aunque llora, no desea.
Ese tablado es el punto
que mas en torno se eleva
del puente... y...

ALE. Qué?

CON. Perdonad
si se atreve mi insolencia
á suplicar á mi rey,
que á su lado me conceda
un punto, el mas escondido,
el mas humilde, en que sea
facil ver lo que deseo.
Ved que en ello me interesa
el amor de un hijo á un padre;
primer amor en la tierra.

ALE. Bien; alzad; os lo concedo.

CON. Ah! Señor! el cielo vea
en el trono de Castilla
coronado á vuestra alteza.

(*Alencastre se dirige á la puerta de su tienda, de donde han salido Olanda, Leonor y Jimena.*)

ESCENA ULTIMA.

Dichos, LEONOR, JIMENA, OLANDA.

CON. Vaya un rey seco en estremo:
ni se ha dignado siquiera
darme la mano á besar. .
Y, ¿qué me importa? Mi presa
ya no se me escapará.
Aunque el diablo la proteja...
Dicen que el que á hierro mata
es justo que á hiero muera:
quien muerte con muerte paga,
cumple con la ley eterna.
Vamos allá.

ALE. Leonor,
habeis pensado siquiera
lo que vais á hacer?

LEO. Ya os digo
que me sobra la entereza,
que soy castellana, y tengo
valor para otras empresas
mas arriesgadas, y en fin,
subamos, que el tiempo vuela.

ALE. Como gusteis.

CON. (Si, no tardes,
que ya la muerte te espera.
Vamos, y el diablo me dé
audacia, valor y fuerza.)

(*Alencastre ha tomado de la mano á Leonor, Olanda á Jimena, y suben con ellas al tablado; Conrado les sigue; y se colocan: Jimena á la izquierda, Leonor á su derecha, á la de esta Olanda y á la de este Alencastre; Conrado detrás de Leonor. Todos mirando al puente. En el momento en que Alencastre ha subido, se oyen los tambores y clarines del campamento tocar los redobles y puntos de atencion. Los centinelas del puente se reunen, y en orden se replegan al ejército. Ruy-Lopez y Bedfort echan pié á tierra y van á encontrarse en el puente, donde esperan la señal que hará un corneta colocado junto al tablado. Hecha esta señal, se acometen, verificando lo que espresa el dialogo.*)

ALE. Arrogante, vive Dios,
es Ruy-Lopez

OLAN. Y Roberto
tambien.

ALE. Mas no sé por cierto
quién vencerá de los dos.

(*se oye la señal; Leonor vacila y se apoya en Jimena.*)

LEO. Jimena!

JIM. Qué, de este lance
puesta al fin en el estremo
irás á temer?

LEO. (*como reponiéndose.*) No temo.

ALE. Olanda, soberbio avance

LEO. Por mi, no; no temo nada, (*continuando.*)
mas por él.

ALE. (*á Olanda.*) Yo no fio
tanto en Roberto.

LEO. Dios mio!
(*mirando á Ruy-Lopez que parece ceder.*)

JIM. Ah! valor.

OLAN. Buena estocada!
Parece que al fin se vá
encarnizando la lucha.

LEO. Tienes esperanza?

JIM. Y mucha.
No ves qué firme le dá?
(*Ruy-Lopez hace retroceder algo á Bedfort.*)

BED. Maldicion! (*vacilando.*)

ALE. Ah!

JIM. Bien! Asi!
Oh! casi lloro de gozo!

ALE. Puedo decir sin rebozo
que mi reino pierdo aqui.

OLAN. Mirad, mirad.

(*al ver que Bedfort se repone y va ganando terreno.*)

LEO. Dios eterno!
qué angustia!

JIM. Ten, hija mia,
mas valor.

CON. (*frotándose las manos.*) Soberbio dia!

ALE. Oh! Quién vencerá?

CON. (*para si.*) El infierno!

LEO. No, no! Basta, basta!
(*como distraida y mirando la lucha.*)

JIM. Mira
qué bien Ruy-Lopez abanza.

ALE. (Adios, risueña esperanza.)
Al estremo han acudido
de los brazos: ¡por mi vida!
que la lucha es bien reñida.

(*Bedfort y Ruy-Lopez caen sobre el puente quedando ocultos con el pretil.*)

LEO. y JIM. Cielos!

ALE. Todo se ha perdido!

CON. Qué diablos! Era preciso
que los dos asi murieran

(*Ruy-Lopez aparece de pié con la cabeza de Bedfort cogida por los cabellos.*)

LOP. A los que este juicio esperan.
(*enseñando la cabeza.*)
justo es Dios, y asi lo quiso!

(*Arroja la cabeza en la parte arriba del rio, cuyas aguas aparecen, á muy poco, ensangrentadas. Todos los que están en el tablado dan un grito de horror y se ocultan el rostro entre las manos. Silencio sepulcral en el campamento. Solo se oyen lejanos los vivos que los de la plaza dan á Ruy-Lopez, y se les vé manifestar con ademanes su alegria, y se deja oir el toque muy lejano de las campanas de la plaza. En este momento Ruy-Lopez baja del puente y se dirige al tablado.*)

TODOS Ah!

(*momento de silencio: Leonor y Jimena caen de rodillas.*)

ALE. (*reponiéndose.*) Sangrienta amanecia
hoy la aurora: es mi destino,
y ya no hay otro camino...
Hízolo Dios, bien haria.
A otros la dicha espera.
(*se dirige á Leonor.*)
CON. Qué! yo tambien aterrado?
(*como volviendo en sí.*)
Oh! qué verguenza, Conrado!
falta un cadáver .. que muera!
(*Saca el puñal y se lanza sobre Leonor. Alencastre que ya se ha repuesto y va á llegar á ella, detiene el golpe, cogiendo à Conrado del brazo y haciéndole caer de rodillas. Ruy-Lopez que llega en este momento, arrebata á Leonor y la baja; Jimena baja tambien manifestando su terror.*)
ALE. Asesino!
CON. Maldicion!
LOP. Villanos! eso os faltaba
LEO. Ah!
LOP. Mi bien.
ALE. No recelaba
en vano mi corazon.
CON. Perdonadme...
ALE. No! Señores,
(*arrastrándole del tablado abajo.*)
ya que esa suerte le plugo,
llevadle pronto al verdugo,
que yo no quiero traidores
en mi campo.
(*entregándole á los guardias que se lo llevan.*)
LOP. Leonor!
LEO. Qué sueño!
LOP. Vuelve á la vida,
á gozar, prenda querida,
de mi ventura y mi amor.
LEO. Ruy-Lopez!.. Jimena!
(*pasando de los brazos del uno á los de la otra, en los que permanece.*)
ALE. Adios,
valiente caudillo: el cielo
es dé ventura y consuelo
en esta mundo á los dos.
Por mi palabra sagrada
voy el campo á levantar,
que yo nunca sé faltar
á una palabra empeñada.
LOP. Adios. No eches en olvido, (*dándole la mano.*)
al salir de esta nacion,
Alencastre, la leccion
que en Castilla has recibido,
y que no eres el primero
que ha salido de esta tierra
destrozado en franca guerra,
á decir al mundo entero:
que en España, en buena ley,
sin temer daños prolijos.
saben defender sus hijos
su honor, su patria y su rey.

FIN DEL DRAMA.

JUNTA DE CENSURA DE LOS TEATROS DEL REINO.— Aprobada en sesion del 23 de agosto de 1851.—*Juan Valero y Soto.*=Es copia del original censurado.

MADRID, 1852.

IMPRENTA DE VICENTE DE LALAMA,
calle del Duque de Alba, núm 13.